

UN CIVILISTA CON ESPADA: DON PEDRO GODOY PALACIOS, MILITAR Y PERIODISTA

por Domingo Herrera Rivera

CAPÍTULO I

LOS PRIMEROS AÑOS

DESDE los primeros años de la conquista de estas tierras americanas por los españoles, encontramos establecida, primero en Chile y luego en la región de Cuyo, principalmente en Mendoza a la familia Godoy.

Fernando Morales Guñazú* nos da la siguiente genealogía de esta familia:

El capitán Francisco Godoy, originario de Córdoba, Alcalde ordinario de Valdivia en 1552, regidor en 1554, casó con doña Isabel de Aguirre, hija del conquistador y gobernador de Tucumán general Francisco de Aguirre y de doña Constanza de Meneses, su mujer. Se radicó en La Serena y tuvo por hijos de su matrimonio al capitán de Godoy y Aguirre, vecino de Imperial, el que casó en primeras nupcias con María Espinoza Caracol y en segundas con Bernardina Vásquez de Tobar y Espinoza. De este matrimonio nació don Juan de Godoy y Alvarado, casado en segundas nupcias con doña Antonia de Cisternas y Carrillo de cuya unión descende don Ramón de Godoy y Cisternas que radicó en la ciudad de San Juan de la Frontera en donde contrajo matrimonio con doña Juana de la Guardia, naciendo de ellos don Domingo Godoy, bautizado en San Juan el 6 de Noviembre de 1703, y falle-

* Morales Guñazú «Genealogías de Cuyo»

cido el 6 de Abril de 1763. Contrajo matrimonio en 1740 con doña Rita Videla, hija de Alonso de Videla y Sebastiana Salazar, quien después de viuda casa con su cuñado Juan de Godoy. Fueron padres de don Santiago de Godoy bautizado en Mendoza en 1752 y casado con doña Francisca de Palacios y Aguirre, de los marqueses de Montepío, teniendo por hijos, entre otros, a don Pedro Godoy Palacios.*

Corría, pues, por las venas de los Godoy, sangre de auténticos conquistadores españoles, como fueron don Francisco de Aguirre y don Francisco Godoy, éste último venido a Chile en 1552, en la expedición de Francisco de Villagra, teniendo una activa participación en la conquista de Tucumán.

Tan honda raigambre en el suelo americano dió a la familia Godoy el prestigio de un legítimo abolengo criollo haciendo que sus vástagos se colocasen en el momento oportuno del lado de los que aspiraban a hacer de estas colonias naciones libres y soberanas.

Don Pedro Godoy nace el 4 de Diciembre de 1801,** justo para participar en aquellas cruentas luchas que dieron a luz a estos Estados Independientes de América Latina. Sus padres, don Santiago Godoy y doña Francisca de Palacios de Aguirre, habían contraído matrimonio en Santiago en 1778, en la parroquia de «El Sagrario». Ella pertenecía a la nobleza de aquella época por cuanto era descendiente de los Marqueses de Montepío, según rezan las crónicas. Cuando se efectuó el matrimonio hacía poco que don Santiago había traspuesto la cordillera de los Andes, procedente de Mendoza donde estaba radicada su familia desde principios de siglo.

De los primeros años de don Pedro Godoy nada se sabe. Si algo hablaba de ellos en sus memorias, se han perdido para siempre pues desaparecieron durante los sucesos que conmovieron al país en 1891, cuando saquearon la casa de sus hijos. En los momentos en que se instala en Santiago la primera Jun-

hecha libremente.

* La transcripción de la genealogía ha sido

** La partida de Bautismo de la Parroquia de Santa Ana dice lo siguiente: «En la ciudad de Santiago de Chile en siete días del mes de Diciembre de 1801 en esta Iglesia Parroquial de mi Señora Santa Ana Bautisé, puse óleo y Chrisma a Pedro Xavier, español de edad de tres días, hijo legítimo del capitán de Milicias Dn. Santiago Godoy y de doña Francisca Palacios. Fueron sus padrinos el Capitán de Milicias Dn. Felipe Palacios y doña María de Jesús Cañas, de que doy fé. Dn. Vicente Aldunate.

se vieron obligados a asistir. El mismo señor Vicuña nos ha dejado una descripción de dicho desfile, de la que extracto algunas líneas:

«Marcó del Pont montaba un caballo que cubría una red de seda blanca, iba como suelto sobre la silla, pues no sabía afirmarse en las estriberas. Los caballos estaban encintados con los colores reales y todos los caballeros llevaban escarpelas.»

Leyendo las memorias ya citadas se nos revela el continuo estado de expectación en que vivía el vecindario de Santiago durante aquellos años de la Conquista. Dice el señor Vicuña:

«Marcó, temiendo un levantamiento general a causa de las persecuciones de los patriotas, concibió la idea de encerrarse en un castillo inexpugnable y que amenazara al mismo tiempo con arrasar toda la población de Santiago. Se impuso una nueva contribución al vecindario acomodado y hasta a los jornaleros que debían acudir a levantar dos castillos y una espesa muralla de circulación del cerro Santa Lucía que domina toda la ciudad. Nada faltó para satisfacer el miedo y la crueldad de aquel miserable tiranuelo; la contribución fué superior a sus reclamos, tal era el terror que inspiraba. Los trabajadores abundaron porque se les amenazó de llevarlos a la fuerza a la que se arrastraba a las innumerables víctimas que iban allí encadenadas a trabajar fortalezas para arruinar su propio país.»

Me parece interesante también insertar la relación que hace Vicuña de una carta de su hermano que recibiera Marcó desde Madrid. Me remito a las memorias:*

«Entretanto Marcó solicitaba en Madrid se le hiciera teniente general por los servicios que prestaba en Chile y estaba en lista para darle la Gran Cruz de Isabel la Católica. Su hermano, que esto le comunicaba, le da los parabienes por lo bien recibido que ha sido en Chile y las brillantes proclamas con que se instaló en su gobierno. Pero junto con las proclamas le dice Marcó que, pareciendo incorregible el espíritu de rebelión de los chilenos, había cambiado de conducta. El hermano le contesta que sus decretos han sido aprobados en el Ministerio, el que confía en que, con la continuación de tal

* Pedro Félix Vicuña, «Memorias íntimas».

sistema, tendría Chile pacífico. «El Tribunal de seguridad pública, el desarme de todo americano para armar a los españoles, la horca puesta, la persecución de todo pícaro, los fuertes para demoler la ciudad, la fortificación de Valparaíso y las demás providencias que has tomado — dicen en el Ministerio — son las que te elevarán al virreinato de Lima o México.» Tal es la carta que su hermano José Antonio le escribía desde Madrid con fecha 6 de Agosto de 1815 al tiranuelo de Chile.»*

Todas estas medidas represivas que tomaba el gobierno en contra de los patriotas iban convirtiéndose poco a poco en el fermento de una reacción violenta en contra del régimen de opresión instaurado en Chile después de Rancagua. En Godoy, como en todos los muchachos de la época se iba creando ese espíritu de lucha contra todo lo que representara el régimen que mantenía tal estado de cosas en el país.

La situación creada en Chile con la llegada del ejército libertador, obligaba a todos los jóvenes a ingresar a la carrera de las armas, pues, como nunca, Chile necesitaba en esos momentos decisivos de su historia, del concurso de todos para convertirse definitivamente en un estado independiente, con un pueblo soberano. Para satisfacer esta necesidad a comienzos de 1817 O'Higgins funda la Academia Militar. El 1.º de Abril del mismo año se incorpora como alumno de dicho plantel Pedro Godoy Palacios, iniciando así su carrera de las armas, para la cual lo llamaba una íntima vocación, según se desprende del entusiasmo con que desempeñó más tarde todos los cargos que se le asignara en el ejército, tanto el de simple cadete como el de General.

* Todos estos párrafos no han sido publicados.

CAPÍTULO II

EL MILITAR

El 1.º de Abril de 1817 Godoy ingresa a la Academia Militar. Eran críticas las circunstancias por que atravesaba el país. Había que centuplicar los esfuerzos; Chacabuco había sido una victoria espléndida, mas no definitiva. Todavía el enemigo contaba con fuerzas suficientes como para hacer conocer una derrota al esforzado Ejército Libertador. En consecuencia, el cadete Godoy no puede permanecer más de un año en la Academia. Abandona ésta e inmediatamente, el 28 de Enero de 1818, ingresa al batallón de Cazadores de infantería, en calidad de Teniente Segundo.

El 12 de Febrero de aquel mismo año, aniversario de la victoria obtenida sobre el ejército realista en Chacabuco, el Director Supremo don Bernardo O'Higgins, junto con las autoridades militares y eclesiásticas, realizó en Santiago, con la mayor solemnidad la proclamación y jura de la independencia (acto que simultáneamente se realizó en todo el país). «Las fiestas de ese día fueron las más solemnes. El regocijo del pueblo, como el de todas las clases de la sociedad, sobrepasó a todo cuanto puede describirse. Juró el Director Supremo, la primera autoridad de la Iglesia, los Tribunales, las corporaciones y el pueblo. Se arrojaron monedas de plata en conme-

moración de aquel día al que siguieron otros que el genio inventivo de un sacerdote Beltrán, que tenía el grado de teniente Coronel y jefe de la maestranza, amenizó con variadas fiestas».*

Si bien ya se había declarado que el territorio chileno era libre y su pueblo soberano, aún faltaba el triunfo de Maipo para sellar definitivamente la independencia de la más pobre de las colonias de España.

A comienzos de 1818, el virrey del Perú, haciendo una audaz tentativa para recuperar para España la rebelde colonia, envía un nuevo ejército a las órdenes de Mariano Osorio, el vencedor de Rancagua.

Un triunfo sorpresivo sobre las tropas patriotas, en Cancha Rayada, en la cual tuvo su bautismo de fuego el teniente Godoy dió alientos al jefe español, y desde el Sur avanzó optimista hacia la capital. Pero felizmente el ejército chileno-argentino se repuso rápidamente de su derrota de Cancha Rayada, y en las cercanías de Santiago, en los cerrillos de Maipo, esperó el momento de hacer morder el polvo de la derrota al orgulloso ejército realista.

Don Pedro Godoy tendrá su bautismo de sangre en Maipo, batalla en la cual participó en calidad de Teniente Segundo del batallón de Cazadores N.º 1, al cual pertenecía, según ya se dijo. Dicho cuerpo de ejército tenía a la cabeza al sargento Mayor don Isaac Thomson, estando asesorado por el siguiente cuerpo de oficiales:

Ayudantes Mayores: don Rudecindo Flores y don Francisco Melo;

Abanderado: don Francisco Porras.

Capitanes: don José Antonio Cruz, don Manuel Mariano Prieto y don José Ramón Gormaz.

Tenientes primeros: don Ramón Romero, don Mariano Reyes, don Luis de la Cruz y don José Silvestre Aros.

Tenientes segundos: don Pedro Godoy, don Francisco Durán, don José Ríos Cantos, don Mateo Campos, don José Tomás Uribe y don Pedro Morén.

La gran mayoría de los oficiales que formaba parte de este batallón, que tan brillante actuación tuvo en Maipo y tendrá más tarde en las campañas del sur del país contra las

* Pedro Félix Vicuña, memorias citadas.

montoneras de Benavides y los Pincheira, era gente joven, que recién ingresaba en el ejército, heñchida por lo tanto, por los entusiasmos propios de la juventud, cuando lucha por la realización de ideales sublimes como eran los de esa brillante juventud que luchaba por ver su patria, el suelodon de había nacido, libre y soberano entre las naciones del mundo.

La descripción de la jornada de Maipo y la actuación del batallón al cual pertenecía el teniente Godoy, la dejaremos a Nicanor Molinare.

«Antes de lanzar San Martín sus columnas al asalto de las posiciones enemigas hubo un duelo de artillería y entre once y media y doce de aquel memorable 5 de Abril, la división de la derecha inició el ataque. Arma al brazo y en columna marchó esa brillante división al asalto de la izquierda enemiga y tan audaz y rápido fué ese ataque, admirablemente secundado por la caballería argentina, que el enemigo abandonó sus posiciones, condenándose desde ese instante a ser forzosa y necesariamente derrotado.

»El Cazadores N.º 1 había quedado intacto, organizado; sus oficiales lo conducían nuevamente al fuego conjuntamente con los Infantes de la Patria y en los momentos más sublimes de la batalla. La izquierda patriota había cedido al empuje irresistible de los viejos y soberbios tercios españoles, de los vencedores de Bailén; nuestra caballería de la izquierda mandada por leones como Freire y Bueras, que muere en la carga, había hecho esfuerzos heroicos para contener el avance de aquellos orgullosos veteranos. Religraba la artillería de Borgoño, que en ese día probó ser el mejor artillero de Chile, cuando San Martín dió orden a sus reservas, números 1 y 3 de Chile y 7 de Los Andes para que, de frente, cargasen al enemigo y a Las Heras para que, con el batallón número 1 de Cazadores, atacara lo que era ahora el flanco izquierdo del enemigo. El choque fué terrible. Los tercios españoles cedían el campo vencidos pero no desorganizados; se retiraban formados en cuadro y pasó a paso. El viejo león moría como mueren los leones: ¡Matando! La artillería abría brechas en sus filas ya raleadas por la metralla y el sable; aún ondeaba el pendón de Castilla. El Cazadores número 1, apoyado por un escuadrón de Granaderos, cargó violentamente sobre el flanco izquierdo de los realistas, y consiguió arrebatarnos un

cañón entablado su persecución hasta las casas del caserío de «Lo Espejo». Ordóñez, último jefe de ese ejército, porque Osorio ya había abandonado el campo, se atrincheró con los restos de su hueste en las casas de Lo Espejo. En pocos momentos su desesperación convirtió aquel edificio en una fortaleza y, esperó tranquilo, erizadas sus entradas con sus dos últimos cañones, el ataque del enemigo. La Compañía de Granaderos a su cabeza, fué la primera en marchar al asalto y la primera también en perder a todos sus oficiales. Allí cayeron heridos el capitán Cruz y los tenientes Ramón Romero y Pedro Godoy y el subteniente José Domingo Orrego.

»Los cañones hábilmente colocados sobre un puente que cerraba aquel callejón, y cargados de metrallas hasta la boca fueron la hoz que segara las vidas de aquellos invencibles hijos de Chile.

»Deshecho el batallón, colocado al amparo de las tapias y mandado por los poquísimos oficiales escapados de aquella matanza, apoyado ahora por el resto del ejército, se lanzó de nuevo al asalto, y tomando por retaguardia a los sirvientes de la artillería española, pasólos a cuchillo y sin detenerse siguió el ataque de aquel poco antes tranquilo caserío, convertido ahora en el cementerio del que fuera el soberbio ejército español».

En la gloriosa jornada el teniente Godoy había recibido su bautismo de sangre junto a muchos de sus valientes camaradas, cuando su batallón perseguía al enemigo por los callejones de Lo Espejo. Una bala le rompió el brazo derecho, teniendo que retirarse cuando el combate llegaba a su punto culminante. Su comportamiento en Maipo le mereció una medalla de plata, la primera condecoración que brillara en su pecho.

Chile en 1818.—Expediciones contra los guerrilleros del Sur

Chile, después de la batalla de Maipo, presenta una situación que, ni política ni económicamente es muy halagadora. O'Higgins, establecido como Director Supremo en 1817, era mirado con recelos por aquellos que aspiraban a un gobierno de carácter más democrático y representativo, quizás no com-

prendiendo la situación de hecho ante la cual se encontraba el país; después de ocho años de inestabilidad política y de guerras sostenidas en el propio territorio, exigía, para recuperarse, un gobierno fuerte, capaz de hacer frente a la crítica situación, la que se agravaba con la presencia en el país de un ejército extranjero que, aunque aliado en la guerra contra España, despertaba suspicacias en el ejército nacional y en toda la población que estaba soportando el peso de las contribuciones que exigía su mantenimiento y su reorganización, ya que era necesario un ejército fuerte y bien equipado para llevar la guerra al Perú y ayudarlo en su liberación.

La preparación de dicho ejército y la de una Escuadra Nacional, sin la cual era imposible vencer, ya que España mantenía el predominio marítimo en estas regiones, iban dejando al erario en una situación que cada día se hacía más angustiosa. Numerosos hechos retratan aquella época con colores de miseria, aunque también de patriotismo. «Un día O'Higgins echó mano, hasta mejores tiempos, de los fondos pertenecientes a la orden religiosa que se ocupaba de rescatar a los cautivos cristianos.» En otra ocasión «envió a Valparaíso al Teniente Coronel Borgoño con efectos para el ejército expedicionario y no teniendo como pagar el flete de las carretas, le recomendó dar las gracias a los carreteros en nombre de la Patria...»*

Por otra parte, el país, económicamente muy atrasado, no podía satisfacer las exigencias del erario. La vida nacional residía en el territorio comprendido entre Santiago y Concepción. El Norte no figuraba como elemento activo en la economía del país, porque, con la excepción de Huasco que tenía cierta notoriedad gracias a sus minas de cobre, las demás ciudades satisfacíanse de la escasa agricultura de sus angostos valles. En las provincias del centro, entre Concepción y Santiago, los habitantes vivían con los escasísimos productos de una agricultura que se reducía a la crianza de ganado en grandes heredades, a las siembras de trigo en cantidades suficientes para el consumo del país, o el mercado del Perú que ahora mantenía cerrado la Revolución.

Agréguese a todo esto, el hecho de que aún Chile no estaba completamente pacificado. En el sur, los restos del ejército vencido en Maipo, trataban de organizar la resistencia, y en el archipiélago de Chiloé, la alacena del Perú, ondeaba libremente el pendón de Castilla.

En efecto, después de su derrota el General Osorio se retiró con su diezmado ejército hacia las provincias del sur y en Septiembre del mismo año 1818 abandona por Talcahuano, el país, pero dejando en su lugar al Coronel Juan Francisco Sánchez «con los restos de aquellos batallones criollos que se hicieron famosos por su obstinación en las campañas de 1813 y 14»* a los que agregó partes de las fuerzas derrotadas en Maipo. En esta forma, Sánchez contaba con una fuerza que ascendía a 2.200 hombres.

Contra ellos envió el gobierno una expedición comandada por el general argentino Antonio González Balcarce.** El Coronel Sánchez, desobedeciendo órdenes de su antecesor Osorio y del Virrey del Perú, atravesó la Araucanía, «encastillándose con su ejército en Valdivia.» El 14 de Noviembre de 1818, evacuó Concepción arrastrando consigo hasta las monjas de aquella infeliz ciudad*** y dirigióse a Los Angeles para estar más al habla con Lantaño, jefe español de Chillán. Cuando González Balcarce emprendió un movimiento sobre el Bío - Bío con el grupo de sus tropas, el jefe español continuó su retirada atravesando el río fronterizo el mismo día que Balcarce llegaba a sus orillas, el 19 de Enero de 1819. Se produjo entonces una pequeña escaramuza entre las fuerzas patriotas y realistas, pero sin mayores consecuencias.

El 17 de Febrero de 1819, se retiraba de Los Angeles, el jefe patriota, hacia Santiago, firmemente convencido del buen éxito de la campaña en que, parodiando a César, había creído tener su «veni, vidi, vinci» que en este caso era el engaño más grande que podía sufrir un general como González Balcarce, que era el hombre de confianza de San Martín.

El 22 de Febrero, corridos sólo cinco días desde que iniciara su partida desde Los Angeles, las armas de la patria sufrieron su primer descalabro en esta lucha que iba a durar tan lar-

* Vicuña Mackenna «Guerra a muerte».

** Su nombramiento se debió a la influencia

*** Vicuña Mackenna: Obra citada.

gos años y que tantos sacrificios de vidas costaría al país. Se iniciaba la campaña de guerrillas que desatará Vicente Benavides, soldado chileno, a quien González Balcarce, al retirarse a Santiago, había dejado en Angol, a espaldas del fugitivo Sánchez, recogiendo sus dispersos, por cuyo servicio aquel jefe le dejaba recomendado al mandatario de la provincia y del Ejército, general Freire.

La pluma maestra de Vicuña Mackenna ha escrito de Benavides:

«Todo había sido hasta entonces terrible y sombrío en la vida de aquel hombre que había nacido en una cárcel para morir en un patíbulo. Hijo del alcalde de la villa de Quirihue, había sido en los diez años que llevaba corridos la Independencia, tres veces, alternativamente, soldado del ejército patriota y del enemigo y al pasar de una fila a otra había siempre cometido un crimen o recibido algún castigo, incluso el de la muerte, porque fué ajusticiado y sin embargo quedó con vida.»*

Al retirarse Sánchez a Valdivia lo hizo desobedeciendo órdenes terminantes, como ya se dijo, del virrey Pezuela. Al asumir Benavides la representación de la causa real en Chile, se convirtió naturalmente en el legítimo y autorizado caudillo de todos los elementos que aspiraban a ver restablecida en Chile la autoridad del Rey de España.

Los compañeros de Benavides en estas campañas fueron, entre otros, los hermanos Juan de Dios y Dionisio Seguel, Ventura y Eusebio Ruiz, José María Zapata, etc., todos ellos operando en distintas regiones.

La guerra se desató en forma implacable; «durante los seis primeros meses, dice Vicuña Mackenna, todo el sur de Chile no parecía sino un vasto palenque de matanzas. La guerra era a cuchillo, era a muerte. No era declarada por decreto, pero el sable y el banco eran los ejecutores inexorables del odio profundo con que se encontraban los combatientes.»**

En los anales de aquella guerra, verdaderamente fratricida ya que por ambos lados luchaban hijos de esta misma tierra chilena, se encuentran episodios que nos prueban la fiereza de esa contienda. Algunos entresacamos del libro de Vicuña Mackenna:

* Vicuña Mackenna, obra citada.

** Vicuña Mackenna, obra citada.

El 16 de Julio de 1819 los hermanos Seguel cayeron de sorpresa sobre la villa de Gualqui, a la vista casi de Concepción; mataron a los que quisieron, saquearon la aldea y se llevaron prisioneros a los pocos que se les ocurrió perdonar. Entre éstos iba el cura de la Parroquia don Nicolás Novoa, el Juez del Distrito don Joaquín Soto y un vecino llamado Bartolomé Sanhueza. Los metieron en una balsa de las que se usan en el Bío - Bío para átravesar las aguas y las arenas, empujándolas con unas varas apoyadas en el fondo del cauce; y como todos los prisioneros, excepto el cura, iban amarrados, los asaltantes, al retirarse con su botín, habían confiado su custodia al juez de Pileu y a un fusilero. Los dos balseadores que empujaban la embarcación vigilaban también a los cautivos e iban armados de sables. Cuando flotaba la balsa por la mitad del río, observó el soldado que iba demasiado cargada y que comenzaba a sumergirse. Sin más que esto, dijo al juez, en alta voz, que era preciso echar a los prisioneros al agua, y al efecto comenzó a cambiar la ceba a su fusil para matarlos a mansalva, pues hemos dicho que iban fuertemente ligados. Por fortuna el prisionero Sanhueza había logrado desatarse y oyendo aquella sentencia salvaje de su muerte y la de sus compañeros, se precipitó sobre el soldado y logró tirarlo al agua. Uno de los balseadores soltó la palanca y avalanzóse sobre el indefenso juez Soto, con el sable que llevaba a su cintura. Mas éste resistióle como pudo y en la lucha rompió las ligaduras. Siguió entonces un combate cuerpo a cuerpo en el que el esforzado cura cayó herido al agua, volviendo a recibir otro golpe en la cabeza al tratar de asirse a las maderas de la balsa, sobreponiéndose al fin los prisioneros. Al día siguiente presentáronse al Intendente Freire en Concepción llevando atados con sus mismas sogas a sus carceleros. Horas después el juez de Pileu y los dos balseadores eran fusilados y sus cabezas fijadas por tres días en altas picas en la plaza de Gualqui.

Otro caso que nos cuenta Vicuña Mackenna y que nos revela el tipo del hombre que luchaba en las montoneras, es el siguiente:

«Voltejeaba en la espaciosa bahía de Arauco una embarcación pirata que servía a Benavides en su refugio de Tubul, por el mes de Mayo de 1819. Desconcertado el malvado que la dirigía como Capitán por un reciente desastre que habían su-

frido las fuerzas a las cuales servía, resolvió entregarse a las autoridades independientes de Talcahuano y llegando a enfrentar la Punta Rumbera, que cierra la rada de Arauco por su extremidad austral, propuso a sus compañeros aquel partido. Mas viendo que todos callaban la boca, dice él mismo en su parte del suceso, dí principios a ejecutar el pasar a cuchillo a los que iban a mi mando con motivo de no seguir mis ideas.»

Estos hechos nos revelan lo fiero que fué aquella lucha de guerrillas que, desde 1819 hasta 1832, fecha en que los Pincheira fueron definitivamente derrotados, ensangrentó el suelo de las regiones sureñas.

Volvamos un poco atrás en esta relación. La guarnición que el Brigadier González Balcarce había dejado en Los Angeles, estaba compuesta, casi en su totalidad, por el Cazadores N.º 1, cuya brillante actuación en Maipo ya conocemos.

El teniente Godoy, repuesto de la herida sufrida en aquella batalla, se incorporó nuevamente al famoso batallón, el cual a fines de 1818 fué enviado al mando del brigadier González Balcarce a atacar los últimos reductos españoles que pudieran quedar en el Sur. Ya sabemos la equivocación en que incurrió dicho brigadier, quien, creyendo derrotadas definitivamente las fuerzas realistas, después de una corta escaramuza a través del río Bío - Bío, y después de dejar algunas pequeñas guarniciones en Concepción, Los Angeles y pueblos vecinos, se retiró hacia Santiago, confiado en la victoria.

González Balcarce se retiró de Los Angeles el 17 de Febrero de 1819; el 22 del mismo mes, las tropas patriotas acantonadas en dicha ciudad sufrieron su primer descalabro. En efecto, siendo Negrete, vado y caserío situado al sur-oeste de Los Angeles, de suma importancia para las fuerzas nacionales por tener en él embarcaciones y balsas a su servicio, el comandante Thomson destacó inmediatamente en su defensa al teniente graduado de capitán, don Ramón Romero, comandante accidental de la compañía de Granaderos de Coquimbo, al mando de cincuenta hombres, con orden de defender el vado y despejar el campo de enemigos. El capitán Romero rompió la marcha en la noche del 21 de Febrero y antes que él emprendiese el ataque, cayó el enemigo sobre la diminuta columna chilena, con fuerzas tan enormemente superiores que, envolviéndola la destruyó completamente, dejando en el cam-

po: al capitán Romero, al sargento Francisco Carabantes y al cabo 2.º Manuel Guerra y a 28 soldados más. En tan críticas circunstancias, don Pedro Godoy, que formaba parte también del pequeño destacamento, se hizo cargo de la situación junto con el subteniente don José Domingo Orrego, pudiendo a duras penas replegarse a Los Angeles, conduciendo 17 soldados que habían podido escapar del ataque de las montoneras enemigas. Este episodio fué la chispa que encendió «la guerra a muerte» como la ha llamado Vicuña Mackenna.

El guerrillero chileno Vicente Antonio Boccoardo, que mandaba personalmente las bandas realistas, aprovechándose del triunfo persiguió tenazmente al deshecho destacamento patriota hasta el recinto de Los Angeles, poniéndole ese mismo día sitio a la ciudad, el cual se alargó casi por espacio de un año, terminando con el total aniquilamiento de la guarnición que defendía la ciudad.

Como el sitio se alargaba más y más, la situación de los sitiados se hacía cada vez más desesperante, por lo que el jefe de la guarnición ordenó a pequeñas partidas, intentasen salidas fuera de la ciudad, burlando la vigilancia enemiga, con el fin de aprovisionarse. El teniente Godoy fué comisionado en tres ocasiones por el General Alcázar, para que saliese fuera de la plaza sitiada al mando de un pelotón, con el fin de introducir auxilios. En las tres salidas que organizó Godoy le sonrió el éxito, pues, aunque tuvo que vencer varios encuentros con partidas enemigas, logró que la guarnición sitiada tuviese suficiente provisión de ganado.

Godoy poseía el dón de un carácter alegre y festivo, la broma y el chascarro eran sus asiduos acompañantes. La ironía, arma poderosa que desarma al enemigo, a floraba incisiva de sus labios y de su pluma, como tendremos ocasión de comprobarlo más adelante. A propósito de este su carácter alegre y festivo, la tradición nos cuenta la siguiente anécdota que casi da al traste con su carrera militar, pero que al mismo tiempo, en forma providencial, le salvó la vida, según lo veremos:

«Siendo vísperas de la Navidad de 1820 y deseando los oficiales de la guarnición de Los Angeles celebrar dicha fiesta con algo más que el rancho diario, le robaron las gallinas al párroco, para lo cual tuvieron que secuestrarlo, ya que conociendo el carácter del general Alcázar, temían les perjudicara sus

proyectos de una buena cena de Navidad al saber por el cura lo ocurrido con las gallinas. Al estar secuestrado el cura tenía que reemplazarlo alguien para lo cual designaron al teniente Pedro Godoy. Cuando éste estaba haciendo su papel de sacerdote en el altar, el general Alcázar, pese a su cortedad de vista, se dió cuenta de lo que pasaba al notar el sable bajo las vestiduras sagradas del celebrante. Para evitar un escándalo mayor mandó tocar a rebato. Godoy, como disciplinado militar acudió a las filas con prontitud, revestido con los ornamentos sagrados.

» Inmediatamente fué enviado, con oficio cerrado a Concepción, bajo la amenaza de un proceso.»*

En circunstancias que el teniente Godoy era conducido a Concepción, Benavides derrotaba en forma completa a la guarnición sitiada de Los Angeles, fusilando en forma inhumana a toda la oficialidad. Es así como Godoy, al ser trasladado a Concepción por su acto de indisciplina, era arrebatado de las garras del feroz Benavides quien, seguramente, no le habría perdonado la vida.

En la Expedición Libertadora

Hemos mencionado en párrafos anteriores la penosa situación por la cual atravesaba el país, como consecuencia del período anormal iniciado en 1810. La desorganización de la economía había debilitado enormemente el erario nacional, el que debía hacer frente a la mantención de un ejército relativamente fuerte para luchar contra las montoneras que actuaban en el sur de la República. Por otra parte, imponía atenciones y gastos la preparación de la expedición que debería ir al Perú a luchar con el núcleo de resistencia más poderoso con que contaba España en América. «El Estado no tenía vida normal.» «La expedición se preparó con las imposiciones forzosas hechas a la fortuna particular. Los caballos se obtuvieron rateándolos en las haciendas por medio de co-

* Es de advertir que en esa oportunidad el teniente Godoy contaba solo diecinueve años y que el episodio de que fué protagonista se explica no como mofa de los sentimientos religiosos, sino como resultado de las circunstancias en que se desarrolló y que se han relatado.

misiones compuestas del Teniente Gobernador del Departamento asociado con el Procurador General y un hacendado; lo mismo se hizo para conseguir las mulas y hasta los aparejos.»*

Por otra parte, la permanencia del Ejército Libertador en el país, además de hacerse odiosa, constituía un gravamen fuerte al erario. Por eso, de todos los sectores públicos, partían clamores en el sentido de que se solucionase la situación enviando el ejército al Perú. «El Cabildo de Santiago ansiaba porque llegase esa hora.» «Su carácter de representante del vecindario no le permitía ser insensible a sus justificados lamentos, ni mirar con indiferencia las exacciones reiteradas que el gobierno le imponía.»**

A comienzos de 1820, aún se necesitaban alrededor de sesenta mil pesos como caja militar, para que la expedición estuviese en condiciones de emprender la gloriosa tarea de libertar al Perú de las armas españolas. Chile, haciendo un último esfuerzo, reunió la cantidad de dinero requerida y el ejército pudo, por fin, dar comienzo a la gloriosa cruzada.

El puerto de Valparaíso, donde estaba anclada nuestra primera escuadra nacional y que también era el resultado mancomunado de todos los chilenos y que ya había hecho sentir a España la fuerza de su poderío, fué elegido como punto de partida de la expedición. En forma escalonada fué reuniéndose el ejército en Valparaíso, iniciándose el embarque el día 18 de Agosto, «el que fué una fiesta más que una despedida, según anota Gonzalo Bulnes, sin que dejase de arrancar lágrimas de admiración en los que presenciaban la osadía de esa primera marcha al país que era considerado como la portada y el foco de los recursos del poder español en América del Sur.» El 19 en la noche quedó todo concluído: «La suerte de América estaba a bordo de las naves que se mecían en la tersa superficie de la bahía.» El 20 desplegaba al viento sus blancas velas ese puñado de barcos que llevaba en su seno lo más brillante y granado de la juventud de dos pueblos que, en un gesto de heroica confraternidad, iban a darle al pueblo hermano lo que ellos ya poseían: independencia y soberanía.

Perú.

* Gonzalo Bulnes *Expedición Libertadora al*

** Gonzalo Bulnes, obra citada.

La división que enviaba Chile al Perú constaba de tres cuerpos de infantería, un batallón de artillería, un cuadro de oficiales para otro batallón de infantería de línea y otro para un cuerpo de caballería. Era este el escuadrón de Dragones N.º 2. La artillería tenía 249 hombres, los batallones de infantería eran: el N.º 2 mandado por el distinguido coronel Aldunate; el N.º 4, por el coronel don José Santiago Sánchez; el N.º 5, por el comandante don Mariano Larrazábal, que fué reemplazado por el coronel Enrique Campino. La segunda compañía de este último batallón tenía por capitán a don Pedro Godoy Palacios.

En efecto, cuando se encontraba Godoy en Concepción, acusado por el general Alcázar del acto de indisciplina que ya conocemos, el Gobierno dictó un decreto por el cual invitaba a los oficiales del ejército del sur a incorporarse a las filas del ejército libertador del Perú. Inmediatamente Godoy aceptó la invitación trasladándose a Santiago donde recibió a su cargo la segunda compañía del batallón N.º 5.

En los momentos en que la expedición que comandaba el general José de San Martín llegaba a las costas peruanas, la revolución se hallaba en el virreinato comprimida por los poderosos elementos de resistencia de que disponía el virrey, entre ellos el bien equipado ejército. Pero no por eso era menos real la agitación que cundía bajo la superficie de la sociedad peruana, ya que necesariamente debía despertarse en ella los anhelos de independencia al ver que otras colonias habían logrado sacudir la tutela del rey de España e iniciaban una nueva vida al lado de los demás estados soberanos del mundo. Por su parte, el gobierno de Chile no había descuidado la propaganda de las ideas revolucionarias en el Perú. Agentes pagados por él, recorrían el virreinato repartiendo proclamas que envolvían la promesa de la próxima redención por las armas.

Si bien el pueblo soñaba con la libertad del suelo peruano, también es cierto que a ello se oponía una nobleza apegada a sus privilegios, formando alrededor del virrey, en una de las cortes más esplendorosas de América, un núcleo poderoso de resistencia a las ideas que desde principios de siglo conmovían la estructura colonial del continente colombino. Por otra parte, los que tenían en sus manos el comercio, se asían fuertemente de la corona que protegía sus monopolios. La

nobleza, el comercio y el ejército eran pues obstáculos poderosos que tendría que vencer la revolución en el Perú. El ejército virreinal constaba de once a doce mil hombres. La guarnición de Lima alcanzaba a siete mil. Felizmente era heterogénea la composición de este ejército y en ello fundaba todas sus esperanzas San Martín. Elementos españoles, peruano, indios y negros formaban un ejército que debía cubrir distancias inmensas en un país en que los accidentes geográficos forman barreras insuperables para el hombre a veces, a los cuales se añadía un clima revolucionario que cundía más y más por la presencia del disciplinado ejército chileno - argentino, y la activa propaganda de sus agentes.

El 7 de Septiembre llegaba la escuadra a la caleta de Paracas, a tres leguas al sur de la bahía de Pisco, cuyos fértiles valles eran en aquel momento el objetivo de San Martín. Al día siguiente, el general reconoció la playa e hizo desembarcar una división a cargo del Jefe del Estado Mayor don Juan Gregorio Las Heras.

El enemigo no hizo amago de resistencia. Un escuadrón de caballería observó el desembarco desde la distancia y se puso en retirada sin pretender impedirlo. El mismo día, Las Heras marchó a Pisco, donde fué llegando sucesivamente el resto del ejército, estableciéndose allí el cuartel general, desde donde se iniciarían los primeros pasos de la ardorosa y difícil empresa de aniquilar al ejército del virrey, deponer las autoridades españolas y darle al Perú un Gobierno independiente y soberano.

La presencia del ejército en Pisco, a las puertas de Lima, dió alientos al patriotismo peruano y su conducta respetuosa aumentó la confianza que inspiraban a las poblaciones los soldados de la patria. A fines de Junio se embarca nuevamente la expedición, después de haber tenido éxitos tan lisonjeros como la marcha de Arenales hacia el interior. Iba en busca de un lugar apropiado para amargar la capital y para iniciar las operaciones decisivas.

En Junio de 1821, San Martín se encontraba en las cercanías de Lima. Su ejército había sostenido duros combates y penosas persecuciones del enemigo por los accidentados caminos de la sierra y las ardientes arenas de la costa. Pero, pese a las condiciones favorables que se le presentaban

para atacar a Lima, nunca se decidió a hacerlo, ya que según su pensamiento la guerra que estaba llevando a cabo no era de conquista ni de gloria. Conviene recordar aquí una conversación sostenida por el general con un viajero inglés, Mr. Basil Hall, que por aquella época visitaba el Perú, y que cita Gonzalo Bulnes: decía San Martín en aquella ocasión: «La lucha del Perú no cabe en el cuadro ordinario de las descripciones; no es guerra de conquista ni de gloria; aquí sólo se trata de opiniones. Es la guerra de los principios modernos o liberales contra las preocupaciones, la superstición y el despotismo.

«Me preguntan por qué no marchó sobre Lima. No me detendría un instante, si conviniese a mis planes; no ambiciono la gloria militar; no persigo la fama de conquistador del Perú. Mi único objeto es libertar a este país de la opresión. ¿Qué haría en Lima si sus habitantes me fueran contrarios? La causa de la independencia no ganaría con la ocupación de Lima. Mi plan es distinto. Deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas y que sus sentimientos se armonicen con la opinión pública. Que la capital proclame su profesión de fe política; le daré ocasión de dar este paso con toda libertad. Al país le corresponde juzgar sobre sus verdaderos intereses; es justo que los habitantes den a conocer lo que quieren. La opinión pública es un nuevo resorte introducido en los negocios de estos países; los españoles incapaces de dirigirla, han comprimido sus arranques; pero ha llegado el caso de que manifieste su fuerza y su importancia.»*

Estas eran las ideas de un hombre que verdaderamente había captado su época, que comprendía que la humanidad atravesaba por un período de crisis del cual estaban surgiendo nuevos tipos de pensamientos y que nuevos valores ocupaban el lugar de los que ya habían llegado a su ocaso. Los poderes absolutos ya no podían sostenerse, pues la «opinión pública» comenzaba a tener conciencia de sus derechos y, por lo tanto, ya no podía imponérsele un gobierno sino, por el contrario, el pueblo sería el que elegiría la mejor forma de regir sus destinos.

El 6 de Julio el virrey, no pudiendo dominar la situación creada dentro de la ciudad a raíz de la presencia del Ejér-

* Gonzalo Bulnes, *Expedición Libertadora*

cito Libertador frente a sus muros, anunció al pueblo su decisión de retirarse de Lima. Abandonaba la ciudad dejando libre el campo a su contendor. El 6 de Julio dejaba Lima el último de los Virreyes que gobernara el Perú, una de las joyas más relucientes de la corona española.

El 12 de Junio entraba a Lima el jefe del Ejército Libertador. No lo hizo con gran séquito ni pompa. Entró en la tarde, acompañado sólo por un ayudante. A los pocos minutos se esparció por toda la ciudad la noticia de su presencia en ella, agolpándose gran cantidad de público a las puertas de la residencia del Marqués de Montemira, encargado del gobierno por el virrey antes de abandonar la capital, y a donde se había dirigido San Martín. El Cabildo, entre cuyos miembros predominaban las ideas sustentadas por la revolución, se reunió rápidamente para presentarle sus homenajes.

Las primeras medidas tomadas por San Martín estuvieron encaminadas a satisfacer las necesidades más urgentes de la población, la que carecía casi absolutamente de alimentos. Una vez hecho esto, había llegado el momento de declarar solemnemente la independencia del Perú. El 14 de Julio ofició al Cabildo en el sentido de que creía llegado el caso de conocer la resolución de Lima respecto de la independencia, por lo que pedía se convocara a una reunión de personas notables, ya fuera para proclamarla, si ella lo declaraba así, o para ejecutar lo que determine la referida Junta. Reunida ésta, aceptó por unanimidad la necesidad de declarar la independencia del Perú, fijándose el Sábado 28 de Julio para proceder a la proclamación y la anunció al Perú en una proclama sobria y severa.

Se había declarado la independencia del Perú, pero aun España era fuerte en él, pues la guerra todavía seguía su curso. El pendón de Castilla no había dejado de ondear en los fuertes del Callao y el ejército del virrey al retirarse de Lima, sólo había cambiado de campamento, en busca de condiciones más favorables. Considerando estas circunstancias, los jefes de cuerpo del Ejército Libertador, exigieron de San Martín que se hiciera cargo del gobierno hasta la conclusión de la guerra. El objetivo del ejército de Chile era coronar la independencia del Perú. Mientras se mantuviera el estado de guerra y las fuer-

zas a la vista, era lógico que el general en jefe manejara los elementos que debían concurrir al triunfo. San Martín asumió la dirección del Estado con el título de Protector, nombrando como sus ministros a don Juan García del Río, de Relaciones Exteriores, a don Hipólito Unanue de Hacienda y a don Bernardo Monteagudo de Guerra y Marina.

Desgraciadamente no sería el esforzado ejército chileno a quien correspondiera la gloria de entregar a los peruanos un país completamente libre de tropas españolas. San Martín, después de la discutida entrevista que sostuviera en Guayaquil con Simón Bolívar, comprendió que su presencia en el Perú era un obstáculo en la definitiva independencia del virreinato, pues no pudiendo llevarla a cabo con sus fuerzas disponibles, necesitaba del concurso valioso de Bolívar. La presencia en el Perú de San Martín y Bolívar, bien lo comprendía el general argentino, no era posible, por lo que sacrificando su gloria y hasta su prestigio, decidió retirarse del escenario. En Septiembre de 1822, después de dejar instalado un Congreso Nacional, José de San Martín abandona el Perú, dejando los cuerpos chilenos y argentinos que habían venido con él en 1820 a las órdenes del general don Francisco Antonio Pinto.

Estos cuerpos sólo regresaron a Chile a fines de 1823, después de haber sido envueltos en las grandes catástrofes que señalaron ese año de «funesto recuerdo para la causa de la emancipación.»

Era necesario hacer este cuadro general de las campañas del Ejército Libertador en el Perú para mostrar el escenario en que actuará Godoy.

Siendo aun muy joven, no le cupo al esforzado capitán ningún puesto de responsabilidad durante las operaciones del Ejército Libertador en el Perú, salvo la de que da cuenta su hoja de servicio en la que se dice que, en su calidad de Sargento Mayor efectivo, fué comisionado por el general Pinto para arreglar con Bolívar los asuntos concernientes a las operaciones de la división auxiliar chilena. Es fácil comprender que, pese a su juventud, se designara a Godoy para la importantísima misión de parlamentar con Simón Bolívar. Poseía Godoy el don natural de la elocuencia, su facilidad de expresión y la chispa de su inteligencia lo convertían en un há-

bil polemista. Además, unía a ambos una cercana relación de parentesco por el apellido Palacios. No será la última vez que lo veamos actuando como parlamentario, pues sus cualidades eran conocidas por todos los jefes del Ejército.

Veamos ahora cuáles fueron las campañas en la que actuó el batallón N.º 5 cuya segunda compañía era mandada por Godoy, según ya hemos dicho.

Este batallón salió de Valparaíso al mando del coronel don Mariano Larrazábal. «Seguramente por desinteligencia de este jefe —dice Barros Arana— con los oficiales del cuerpo, San Martín confió la comandancia al coronel don Enrique Campino, que se había incorporado a la expedición como comandante del cuadro de oficiales, sargentos y cabos que debían formar en el Perú el batallón N.º 6.» A comienzos de 1821 fué encargado el batallón N.º 5 de desalojar al enemigo de las regiones norteñas del Perú, donde podían organizarse fuerzas realistas capaces de crear serios embarazos al ejército patriota. Efectivamente en el pueblo de Huaraz, a algunos centenares de kilómetros de la capital, encontrábase el coronel don Clemente Lantaño, ya mencionado anteriormente en este trabajo, empeñado activamente en reclutar gente para el ejército del virrey. Con su pequeño batallón de no más de 350 hombres y después de cinco días de marcha desde Lima, atravesando ásperas cadenas de cerro, como la denominada Montes Negros, llegó el 25 de Noviembre a las cercanías del centro de operaciones de Lantaño. Una sola compañía de las fuerzas patriotas que marchaba a la vanguardia, montada en buenos caballos, bastó para alcanzar el triunfo completo en unos cuantos minutos. Una avanzada realista se rindió sin oponer resistencia y la tropa que ocupaba un pobre caserío destinado a cuartel, se dispersó cuando vió caer a dos de los suyos traspasados por las bayonetas de los asaltantes.

Desgraciadamente aquel triunfo dió origen a excesos por parte de nuestros hombres, los que fueron fuertemente sancionados por San Martín, pues en una de las primeras proclamas de este jefe al Ejército Libertador, había recomendado moderación y caballerosidad con los vencidos y las poblaciones civiles. El jefe de esta expedición que tanta importancia tuvo para el ejército de San Martín ya que alejó todo peligro de que fuera atacado por la espalda, fué separado del ejér-

cito y enviado a Chile bajo el peso de una seria acusación, por su conducta en esa expedición.

Godoy, al regresar del norte después de la pacificación de los departamentos de Huailas y Conchucos por la expedición de Campino, participó con su batallón en el sitio del Callao y en los diversos ataques que contra sus fortalezas lanzaron en diversas ocasiones los patriotas. Mencionaremos en nuestro trabajo una de esas acciones, la del 14 de Agosto de 1821, un mes antes de la rendición de esta importante plaza, hecho que tantas esperanzas suscitó en San Martín.

La relación de este ataque la sacaremos de la cita que hace Barros Arana* de unas memorias del general Francisco Antonio Pinto: «Informado San Martín que el rastrillo o puente levadizo de la fortaleza principal, el Real Felipe, se bajaba todos los días en la mañana, permaneciendo en ese estado hasta ponerse el sol, dispuso, que se emboscara por la noche, a inmediaciones de la plaza, una partida de caballería como de sesenta o setenta hombres. Con la obscuridad de la noche se concentraron en Bellavista los cuerpos de infantería, manteniéndolos detrás de las paredes para que no fuesen vistos desde las fortalezas. A cierta señal debía partir a escape la caballería, entrar por el puente, sablear la guardia de la puerta y mantenerse en ella hasta que llegase la infantería que debería emprender la marcha de carrera. Dada la señal, poco antes del medio día, parte la caballería, pero vista por los centinelas de la muralla, dan la alarma y se levantó el puente. Frustrado el golpe, la caballería vuelve grupas y se retira al galope. Sale entretanto la infantería de las paredes detrás de las cuales había estado oculta, la recibe el enemigo a cañonazos y vuelve a su abrigo, luego que vió regresar a la caballería. En este frustrado ataque los patriotas tuvieron diez muertos y 17 heridos.»

El ejército chileno regresó a Chile a fines de 1823. Godoy regresó en la goleta Moctezuma en compañía del general Pinto y de otros oficiales. El 11 de Diciembre, mientras navegaban a la altura de Cobija, fueron atacados, por la goleta *Quintanilla* comandada por el corsario Mateo Maineri al ser-

vicio del gobernador de Chiloé Antonio Quintanilla, que estaba dispuesto a apresar a todo buque que encontrara, de cualquiera nacionalidad que fuese. El corsario llevaba bandera colombiana y por un momento pudo engañar al buque chileno; pero sustituyéndola por la española a poco de romper el fuego, trabó un reñido combate en que su mejor andar, la superioridad de su artillería y el número de tripulantes parecían darle toda ventaja. Preparábase Maineri para abordar la *Moctezuma*, cuyo único cañón se había inutilizado por habersele tapado el oído por la mala calidad de la pólvora. En esos instantes de suprema angustia, un piloto de la nave chilena, trabajando con una admirable sangre fría en reparar aquella contrariedad, en medio de la granizada de balas de fusil que caía sobre el barco, consiguió destapar el cañón que estaba cargado hasta la boca, y aplicándole fuego disparó un tiro que hizo grandes estragos en la nave corsaria y los obligó a volver atrás. La entrada de la noche permitió a la goleta chilena retirarse y llegar a Arica, donde se juntó con otras naves para seguir viaje a Coquimbo en convoy.

En ese convoy regresaba a Chile el ejército que en 1820 había partido hacia las costas del Perú, dispuesto a no regresar, sino hasta ver flameando en el palacio de los virreyes de Lima la bandera de la Revolución. Pero ya sabemos como esas esperanzas fueron fallidas, regresando al país la séptima parte de los que habían partido, y cuando en el Perú todavía era fuerte el pendón realista. «Su rastro no es de luz, dice Gonzalo Bulnes, no imprimió a sus pasos el sello de la gloria, pero tampoco dejó malos recuerdos y desparramándose en los campos del Perú, en las salas de los hospitales y en los osarios de los campos de batalla, levantó a su patria un monumento de abnegación, que en todo tiempo acreditará al mundo que Chile fué un esforzado servidor de la emancipación americana.»

En las campañas de Chiloé

La independencia americana, proclamada y sostenida en las colonias españolas del nuevo mundo, no encontró eco en las islas que forman el Archipiélago de Chiloé; al contrario,

en ellas, los que veían mayores posibilidades de progreso de estas naciones de América en la independencia y soberanía de sus pueblos, encontraron en sus habitantes sus más recalitrantes enemigos.

Desde mediados del siglo XVIII aquellas islas dependían directamente del virrey del Perú; pese a que, por su posición geográfica y los antecedentes de su conquista eran parte integrante de nuestra Capitanía General. Cuando en la primera década del siglo XIX, la chispa de la revolución sacudió el sopor colonial de estos pueblos, en el Archipiélago de Chiloé no produjo reacción alguna, manteniéndose sus habitantes fieles a la causa de España, y luchando tesoneramente por ella. Los cuerpos chilotos constituyeron una fuerza considerable en el ejército realista que invadió a Chile en 1813.

Chiloé se había convertido en un foco importante de la resistencia española y por su situación era un peligro permanente para nuestra recién afianzada independencia, siendo éste el pensamiento constante de los directores de la incipiente vida republicana. La destrucción de ese foco en que aún los peninsulares se mantenían fuertes y la anexión de sus islas al territorio nacional se imponía como necesidad imperiosa. «La conquista de Chiloé, decía el Supremo Director don Bernardo O'Higgins, es el complemento necesario e indispensable de la Independencia Nacional: sin ella siempre tendremos que temer algo de los partidarios del rey de España.»

«Aseguradas nuestras fronteras — agregaba Freire — con la incorporación de Chiloé, bastará un corto número de tropas veteranas para defender nuestra seguridad interior; y en la proporción que disminuya el influjo militar y se alivien las atenciones de la Hacienda Pública, podrán destinarse sus fondos a objetos capaces de hacer sentir los altos bienes que nos hemos propuesto en la Revolución y que reparen los sacrificios de esta agitada y terrible alternativa de una lucha de tantos años.»

Obedeciendo a esta exigencia vital es que el Director Supremo don Ramón Freire, a comienzos de 1824 y con los veteranos de las campañas del Perú, que recientemente se habían reincorporado al país, organiza una expedición destinada a convertir la provincia española de Chiloé en un pedazo de nuestro suelo nacional, y él mismo quiere ir a la cabeza del ejército.

A mediados de Marzo están prontos a partir 2500 hombres y cuatro transportes dispuestos a conducirlos hacia la meta deseada. El 17 y el 18 zarpan de Valdivia los cuatro transportes escoltados por cinco buques de guerra conduciendo a su bordo un puñado de hombres que anhelan suplantar en Chiloé el pendón de Castilla por el tricolor independiente.

Godoy, de quien parece ser el ambiente natural el ruido y griterío de los combates y el estampido de las armas de fuego, después de haber soportado sobre su cuerpo, aun no totalmente desarrollado, el peso de tres años de dura lucha contra una naturaleza hostil y un enemigo empeñado en mantener su supremacía, no trepida en ofrendarle a la patria todas sus juveniles energías y se ofrece para luchar, con todo el calor de su ardiente temperamento, por la liberación del Archipiélago.

Desgraciadamente la época en que se iniciaban las operaciones no era la más propicia del año. Las regiones australes de nuestro país son azotadas por furiosos temporales que constituyen grave peligro para las embarcaciones que se aventuran por sus mares. Apenas abandonaba Valdivia la expedición fué sorprendida por una tempestad que dispersó sus naves. Felizmente lograron reunirse pronto y el 24 de Marzo anclaban en la isla de Lacao, situada en una espaciosa bahía de la costa norte de Chiloé, pero no sin antes haber sufrido el fuego de las baterías que el enemigo tenía emplazadas en los fuertes de la costa.

En la mañana del 25 don Ramón Freire envía a San Carlos y en calidad de parlamentario a Godoy, ahora sargento mayor, con la misión de intimar rendición al Gobernador del Archipiélago, representándole las fuerzas con que contaban los independientes e instándole a admitir proposiciones como el único medio de evitar una inútil efusión de sangre.

Era el gobernador de Chiloé don Antonio Quintanilla, militar español que había participado en las primeras luchas contra la revolución chilena en las cuales había demostrado «mucho amor al servicio, verdadera pasión por el ejercicio de las armas, bastante audacia y sangre fría y un ojo cierto y previsor para atacar con ventaja al enemigo. En los dos años de guerra (1813 - 14), no se manchó nunca con actos de barbarie y crueldad; encargado por el Presidente Marcó de

perseguir a los guerrilleros insurgentes de Colchagua y de fusilar sin fórmula de proceso a cuantos encontrase, Quintanilla desplegó una prodigiosa actividad, pero no mancilló nunca su nombre con las ejecuciones militares que se le mandaba hacer.»* A fines de 1817 llegó a Chiloé como Gobernador poniendo de inmediato manos a la tarea de organizar la defensa de las islas, luchando contra la pobreza del territorio y de sus habitantes. La revolución había dejado al Archipiélago completamente aislado, y sólo en 1818 logra recibir alguna ayuda del Perú. A comienzos de 1823 concede patente de corso a Mateo Maineri, intrigante genovés, que había servido varias veces a Chile y España, para por último ofrecer sus servicios a Quintanilla. Este Maineri es el mismo que atacó a la goleta *Moctezuma* en que regresaba a Chile Godoy, de lo cual ya hemos hablado. Otra patente de corso fué concedida a un tal Michel, capitán de un bergantín inglés. Las naves de estos corsarios tomaron los nombres de «Quintanilla» el primero y de «General Valdés» el segundo, haciéndose temer en toda la costa de Chile y el Perú.

Con los botines que recogían estos corsarios y de los cuales participaban al gobernador, pudo Quintanilla equipar a sus soldados y aumentar el volumen de sus recursos.

Doś meses antes de la llegada de Freire estaba avisado por los marineros de la fragata norteamericana *Urón*, que se estaba preparando la expedición, iniciando inmediatamente los preparativos para una tenaz resistencia.

Hemos dicho que Freire, al llegar a la isla, envió un parlamentario, a Godoy, a conferenciar con Quintanilla. En realidad la elección de Godoy para esta difícil misión no podía ser más atinada. A su sagacidad, valor e inteligencia y la finura de sus modales, se agregaba, según se ha dicho, una admirable facilidad de locución y bastante suspicacia, indispensable para la misión que llevaba ante el gobernador de Chiloé. En sus conferencias con éste, Godoy le expuso todas las razones que tenía Freire para exigirle rendición bajo condiciones honrosas y equitativas y la confianza que abrigaba en que debía serle propicia la suerte de las armas. Pero ante el ánimo firmemente resuelto del jefe español de luchar hasta el fin confiado en su

* Diego Barros Arana, *Las campañas de Chiloé*.

victoria, no tanto por la superioridad de sus fuerzas, que no la tenía, sino en el error cometido por Freire de internarse por los canales interiores, en vez de hacerlo en la entrada de Chacao, nada pudo la elocuencia ni el ingenio de Godoy.

Cuando nuestro parlamentario regresó a dar cuenta de su misión, ya Freire había iniciado las operaciones contra las posiciones enemigas, operaciones que, después de quince días de fiera lucha contra los elementos humanos y naturales desencadenados, terminaron en un completo fracaso. El 10 de Abril la Junta de Guerra patriota reunida bajo la presidencia de Freire acordó abandonar el Archipiélago, pues la campaña costaba inmensos sacrificios de vidas y material. Por otra parte la naturaleza oponía una barrera insalvable, ya que el invierno comenzaba acompañado de violentos temporales y hacía las maniobras difíciles y peligrosas. A todo esto se agregaban las noticias dadas por los pocos prisioneros tomados en las cercanías de una escuadrilla española que venía al Pacífico a reforzar a los realistas del Perú.

Los temporales perturbaron enormemente el embarque de la tropa y del material y cuando ya la escuadra estaba en alta mar fué dispersada por los vientos del norte, llegando cada buque aislado a los puertos de Chile.

Así terminaba el primer intento serio que hacía el gobierno chileno de conquistar Chiloé, el que costaba al erario nacional no menos de cien mil pesos.

A fines del año 1824 en la memorable jornada de Ayacucho, Bolívar eliminaba definitivamente de nuestra América el poderío español y entregaba al Perú la libertad. Desgraciadamente no podemos decir que el Perú haya «gozado», sino más bien «sufrido» esa libertad, pues tendrá que llegar la cuarta década del pasado siglo para que esa República, independizada de España gracias a «la sangre, el sudor y las lágrimas» de todos los soldados de América, pueda respirar una atmósfera libre de las pestilencias caudillescas que han saturado, en unas más y en otras menos, el ambiente de las repúblicas de Hispano-América.

Al ser eliminado el virreinato del Perú como potencia española y convertirse el Perú y Bolivia en repúblicas independientes, quedaba Chiloé como unico baluarte del realismo

español en América. Se hacía por lo tanto imprescindible que nuestro gobierno arbitrara los medios necesarios para incorporar dicho territorio a la soberanía de Chile. Con este fin, a mediados de 1825 se inicia la preparación de la segunda y definitiva expedición a Chiloé, estando en condiciones de iniciar la campaña a fines de Diciembre del mismo año, nuevamente al mando de Freire.

En esta segunda campaña a Chiloé del General Freire encontramos nuevamente a Godoy conduciendo la vanguardia de la división comandada por el coronel Beauchef. La expedición salió de Valdivia en los primeros días de Enero, pero como en la campaña anterior, las naves fueron muy pronto dispersadas por los vientos del Norte que soplan de continuo en esas regiones. El día 8 de Enero se encontraban todas reunidas en la Punta N. W. de Huechucucuy, en el extremo norte de la isla de Chiloé. Las operaciones terrestres fueron iniciadas al día siguiente. Era necesario ante todo silenciar los cañones que vomitaban sus fuegos desde los diversos castillos emplazados a lo largo de la costa. Apenas producido el primer desembarco se le entrega a Godoy una columna de doscientos hombres con el encargo de simular un ataque a la fortaleza de Agüí, con el objeto de impedir que sus defensores salieran de ella, facilitando así el ataque a otro de los fuertes, el de Balcacura, situado un poco más al sur del anterior y ambos en la costa oriental de la península de Lacui que enfrenta a la bahía de Ancud. «Esta maniobra — dice Barros Arana*— tuvo pleno éxito, pues mientras el fuerte de Agüí mantenía un inútil cañoneo sobre las columnas de Godoy, seguía el Coronel don Santiago Aldunate** su marcha sin más obstáculos que la aspereza de los senderos, los frecuentes y dilatados pantanos y los troncos de árboles que a cada instante amenazaban el paso.»

Con el desembarco del 9 de Enero se rompe la marcha hacia la victoria, a través de los múltiples obstáculos que la naturaleza salvaje de aquellas islas oponía al paso del ejército patriota. Una persistente lluvia transformaba todo el espacio libre de vegetación en espesos lodazales en los cuales se hundían hombres y bestias. La espesa maraña de bosques y mato-

* Diego Barros Arana: *Campañas de Chiloé*.

** El coronel Aldunate era encargado de atacar la fortaleza de Balcacura, lo que consiguió con poco esfuerzo.

rrales impedía el paso a ese puñado de valientes cuya meta era plantar el pabellón chileno en ese último reducto español en América. Por fin, convencido el Gobernador de lo inútil que era toda resistencia, se somete a la firma de un armisticio, a insinuación de Freire, quien viendo que la causa de España en Chiloé ya era cosa finiquitada, quiso evitar mayores males a la población civil y al ejército. Quintanilla envió sin tardanza sus plenipotenciarios, los que junto con los comisionados chilenos fijaron las bases de un tratado en el que se declara a la provincia de Chiloé como parte integrante del territorio de la República de Chile.

Es digna de mencionarse la caballerosa actitud de los vencedores con los vencidos. En efecto, los jefes, oficiales y tropa del ejército realista quedaban en completa libertad ya fuera que se fijasen en esa provincia, bajo el amparo de las leyes de la República, o que, dentro de dos meses quisieran salir del país, en cuyo caso se les transportaría con sus familiares y a expensas del gobierno a los puertos del Norte para que pudiesen embarcarse con runibo a España. «Se echaría al olvido la conducta que por razones de opiniones políticas hubieran observado los individuos que servían al gobierno de la provincia. Los empleados, corporaciones civiles y eclesiásticas, como los jefes de las milicias, quedarían en sus cargos respectivos, «si a juicio de las nuevas autoridades reunían la virtud y aptitud necesarias para desempeñarlas.»

Era en verdad la única actitud digna que cabía, pues no podemos considerar como criminales a aquellos que defienden lo que se les ha confiado en custodia. Por otra parte eran representantes de España, la nación que, si bien había usufructuado a través de tres siglos de las riquezas ilimitadas de este ubérrimo continente, manteniéndonos en el estado de colonias, nos había dado en cambio su cultura milenaria y con ella su idioma musical, su arte sobrio y por sobre todo su religión, es decir todo aquello que ocupa los lugares más altos entre los valores espirituales de un pueblo.

El 30 de Enero regresaba al continente el General Freire, dejando en la isla, a cargo del gobierno, al Coronel don José Santiago Aldunate, recompensando así la brillante actuación de este jefe durante el desarrollo de la campaña cuyo resultado fué la independencia de Chiloé. Como guarnición se

dejó a los batallones 1 y 4, a una compañía de artillería y cuatro lanchas cañoneras. El Comandante del batallón N.º 1, era, como se recordará, don Pedro Godoy. Aquí permanecerá el valiente soldado hasta que su temperamento, enemigo ardiente de la tranquilidad y el sosiego, lo lleve a otro frente, donde pueda luchar con la energía propia de un hombre que llevaba en sus venas la sangre de aquellos recios conquistadores que le dieron a España lo que hoy, sus descendientes, le arrebatan.

En las campañas contra los Pincheira

En medio de las preocupaciones de carácter político y de la pobreza excesiva del erario nacional, era preciso atender a necesidades de otro orden, que se presentaban con caracteres de urgentes. Las bandas de los hermanos Pincheira, engrosadas con partidas de merodeadores reunidos en las provincias del sur y con cuerpos de auxiliares indios de uno y otro lado de la cordillera, se mostraban más arrogantes y amenazadores, llenando de terror a las poblaciones de una vasta extensión del territorio nacional. Algunos de los pueblos de la comarca amagada, así como los caseríos de las haciendas, vivían en constante alarma, rodeados de fosos y parapetos, y sin seguridad alguna para los trabajos agrícolas y guarda de los ganados, repercutiendo todo esto, como es de suponer, en la economía general del país.

Las bandas de los Pincheira merodeaban en uno y otro lado de la cordillera. Así, en la primavera de 1825, habían llegado hasta las cercanías de la provincia de San Luis, robando ganado, asesinando hombres y niños, llevándose cautivas a las mujeres. De vuelta de esas empresas, los Pincheira, en combinación con Senosiáin, caudillo español, alcanzaron a reunir más de cuatrocientos hombres, «la mitad de ellos montoneros y soldados de cierta instrucción y la otra mitad indios de lanza.» «A las cuatro de la mañana del día 27 de Noviembre, caían estos, inesperadamente, sobre el suelo de Parral, que creían indefenso o por lo menos muy mal guarnecido. Se hallaban sin embargo allí unos sesenta hombres del

batallón N.º 3. En medio de la turbación y del terror las familias del pueblo se habían acogido a la iglesia parroquial y allí acudió la tropa para defenderlas. Trabóse entonces un combate terrible — dice Barros Arana — en que los soldados de Casanueva, jefe de la guarnición, se batieron con singular denuedo: rechazaron dos ataques y después de dispersar al mayor número de enemigos, al cabo de dos largas horas de combate, arrinconaron en la plaza a los que no habían alcanzado a huir y los escarmentaron duramente.»*

Al retirarse de Parral, quiso cerrarles el paso a los asaltantes una columna de Dragones que se hallaba de guarnición en Longaví al mando del comandante don Manuel Jordán. Estos, peleando con fuerzas muy superiores, fueron totalmente derrotados. El cuerpo del comandante Jordán fué encontrado en el campo cubierto de heridas de lanzas, viva demostración de la saña feroz de los indios que acompañaban a los montoneros en sus correrías.

Estos sangrientos sucesos, cada vez más frecuentes, decidieron al gobierno a emprender una seria campaña contra aquellos bandoleros que perturbaban la tranquilidad del país, con la esperanza de hacerla definitiva, para lo cual las fuerzas empleadas debían ser considerables.

Por decreto de 25 de Octubre de 1826 se nombraba general en jefe de la campaña a iniciarse, al brigadier don José Manuel Borgoño. Desgraciadamente y debido a razones económicas no pudo iniciarse la expedición con la prontitud que el caso reclamaba.

Sólo en Enero del año siguiente llegaba a Chillán el general Borgoño al mando de una columna de más o menos mil hombres. En su marcha desde Santiago se había detenido en los diversos pueblos y al paso que daba sus instrucciones para el ataque combinado de las columnas que entraban en la cordillera, hacía perseguir a las partidas enemigas en forma enérgica, las que bajaban de la cordillera de los Andes a merodear en los campos vecinos.

Una de estas columnas, formada por cien soldados de infantería y de caballería, salió de Chillán en los últimos días

* Barros Arana, *Historia General de Chile*.

de Enero, bajo las ordenes de los comandantes don Pedro Godoy y don Guillermo Tupper; el primero de los cuales, después de permanecer algunos meses en Chiloé a cargo del batallón N.º 1 colaborando con el Coronel Aldunate en la organización del Archipiélago, había regresado al continente, incorporándose inmediatamente a la expedición de Borgoño.

La columna que dirigían Godoy y Tupper penetró en la zona cordillerana hasta el sitio denominado «Roble Guacho» a unas treinta leguas de Chillán; persiguió a las partidas enemigas que se dejaban ver y adelantó un convoy de víveres para socorrer a las divisiones que operaban en la falda oriental de la cordillera, con lo cual facilitó la persecución de los enemigos hasta el otro lado de Los Andes.

El éxito de la campaña a cargo de Borgoño fué parcial solamente, pues, si bien hizo reinar la paz en el territorio de la Araucanía, no fué posible terminar con los Pincheira los cuales, refugiados en la pampa argentina, lograron reorganizarse y emprender de nuevo, al año siguiente, sus correrías por el territorio chileno.

Hemos dicho que se logró la pacificación del territorio de la Araucanía, donde actuaba el caudillo Senosiain, junto al cacique araucano Marihuán. En efecto, el 22 de Abril de 1827 fué firmada en Yumbel el acta por la cual el cabecilla español y unos cuarenta individuos españoles y chilenos, se comprometían a deponer las armas; lo mismo hacían Marihuán y sus compañeros en aquellas sangrientas montoneras. «Más que un sentimiento de humanidad — dice Barros Arana — o por la inspiración del buen sentido, aquellos cabecillas se acogían a la paz porque la desesperada prolongación de la lucha había agotado todos sus recursos.» La paz en Araucanía trajo, como consecuencia, la paulatina vuelta a la normalidad de las numerosas poblaciones españolas, muchas de las cuales habían sido abandonadas por sus pobladores durante el triste período de las sangrientas guerrillas.

La participación de Godoy en estas campañas es una prueba más de lo profundo que era en él la inquietud, el interés por servir a la colectividad, a esa gran comunidad que es la patria. Cada vez que ésta necesitó de sus servicios, se los prodigó con franco entusiasmo, no importándole si en ello estaba en juego su vida.

En el período anárquico

La abdicación de O'Higgins inaugura una época de caos, incertidumbre y desorganización política que se ha convenido en denominar «primera anarquía», la que se prolonga hasta la victoria de la revolución encabezada por los jefes militares del sur sobre las fuerzas del gobierno, el 17 de Abril de 1830 en los campos de Lircay.

Este período de nuestra historia es demasiado bien conocido para detenerme a hacer una exposición sobre su desarrollo, lo que, por otra parte, no correspondería a la índole de este trabajo. Sin embargo, me referiré en forma general a la vida política de aquella época, para ilustrar y encuadrar la actuación en ella de don Pedro Godoy.

Estamos en 1827. El 8 de Mayo se hace cargo del gobierno el general Francisco Antonio Pinto, en un momento en que la situación política es muy grave y las condiciones para gobernar las más difíciles. «A pesar de las diversas leyes orgánicas dictadas en los últimos cuatro años y de las repetidas convocatorias de Congresos Legislativos y Constituyentes, la desorganización general, iniciada en 1825, había seguido desarrollándose gradualmente y tomado por fin proporciones que hacían temer un desquiciamiento completo. El ensayo de establecimiento de un régimen federal al relajar el funcionamiento ordenado de los poderes públicos, y al acordar a las provincias atribuciones que éstas no podían ejercer regularmente, había venido a imponer, con apariencias legales, la confusión y el desgobierno.*

«El estado militar de Chile no era más halagüeño. Con la prolongación de la guerra contra las bandas de malhechores que ejercían sus depredaciones en las provincias del sur, y con el propósito de mantener el orden, el gobierno se veía en la obligación de conservar un ejército superior a las verdaderas necesidades y a los recursos del país, que el erario no podía pagar y que empezaba a ser objeto de las más tormentosas inquietudes. La tropa, paciente para soportar todas las privaciones y todas las fatigas, pero ahora mal pagada,

ral de Chile.

* Barros Arana: Tomo xv de *Historia Gene-*

sometida a una condición miserable, testigo de la desorganización general y excitada además por oficiales turbulentos y revoltosos, estaba minándose por una profunda desmoralización, que había empezado a manifestarse en escandalosos motines y que amenazaba tomar mayor cuerpo a expensas de la tranquilidad pública.»*

Esta caótica situación se agravó aún más durante el curso del año 1828 hasta culminar en 1829 con la revolución del general don Joaquín Prieto, con lo cual se cerraría el ciclo doloroso de nuestra historia nacional, inaugurado, aunque parezca paradoja, con el gesto magnífico de la abdicación de O'Higgins.

Pedro Godoy luchará en estas contiendas cívicas hasta su muerte, defendiendo aquellos ideales que la Revolución francesa había desparramado por el mundo y que la juventud de América había recibido como panacea universal, como el único idearium capaz de hacer de estos pueblos recién salidos de ese período fetal que fué la Colonia, estados organizados y naciones progresistas.

«Pipiolos» se llamaba a los que levantaban el estandarte de esas ideas que, esencialmente, proclamaban la libertad del individuo, en lo económico y en cualquiera de las formas de expresión del pensamiento. Frente a los pipiolos los «pelucones» defendían aquellas ideas y formas de convivencia que estaban ratificadas por la experiencia.

No debemos establecer límites muy precisos entre estas corrientes ideológicas que se disputaron el poder en los años de la primera anarquía, pues la escasa cultura política, muy explicable en un país que estaba naciendo a la vida libre, hacía que muchas veces se procediese, más que por ideas, por sentimientos de adhesión a personas, no importando a qué corriente perteneciesen éstas.

Durante este convulsionado período se mantendrán en el poder la corriente pipioli y un elemento de destacado relieve en ella será Godoy, a quien en 1828 encontramos a la cabeza del batallón Chacabuco, y como jefe general del cantón del Maule, con residencia en Talca. Sus ideas políticas definitivamente liberales fueron una sólida garantía para el gobier-

* Barros Arana, Obra citada.

no del general Pinto en dicha región ya que el orden y la tranquilidad públicas no fueron perturbadas en absoluto. En ella, como jefe del eantón maulino y dependiendo directamente del Gobierno, tomó todas las medidas que tuvieron a su alcance para impedir la propagación en esos territorios del virus revolucionario.

En Noviembre de 1829, intervino como representante del gobierno en las negociaciones que se llevaron a cabo entre el Presidente de la República don Francisco Ramón Vicuña y el jefe revolucionario general Joaquín Prieto. En efecto, en cumplimiento de los deseos manifestados por el Cabildo de Santiago, se decidió Vicuña a abrir negociaciones con el jefe del ejército del Sur que, según todas las informaciones seguía avanzando sin encontrar resistencia alguna. Llevaría las proposiciones conducentes a la pacificación de la República el coronel Godoy. Con este objeto el Ministro del Interior don José Nicolás de la Cerda, firmó el 11 de Noviembre una extensa nota dirigida a Prieto en que, haciendo un cuadro general de la dolorosa situación por que atravesaba la nación a causa del estado revolucionario, lo invitaba a evitar mayores desgracias, ya sea aceptando las proposiciones que debía hacerle Godoy, ya proponiendo otras nuevas. El ministro recordaba además en la nota dirigida a Prieto, la proximidad de las nuevas elecciones de Presidente, prometiendo solemnemente completa libertad en los comicios electorales. Las instrucciones dadas a Godoy, las resume Barros Arana en la forma siguiente: «Debía ante todo y como paso preliminar establecer una suspensión de hostilidades mientras durasen las negociaciones. Toda estipulación que se hiciese tendría por base el mantenimiento de la Constitución y la obediencia a las autoridades existentes y emanadas de ella.»*

Godoy, como representante del Gobierno, tenía autorización para ofrecer a los jefes revolucionarios un olvido general de todo lo pasado, y libertad completa en las próximas elecciones, de tal suerte que el que obtuviera la mayoría legal, sería proclamado sin dilación Presidente de la República. «En el caso que Prieto no aceptara esas bases de arreglo, Godoy le representaría la responsabilidad que asumía provo-

* Barros Aranas obra citada.

cando una guerra civil que al gobierno le sería doloroso, pero necesario aceptar.»* Si Prieto hiciese otras proposiciones, Godoy debería limitarse a transmitir las al gobierno; «pero podía ofrecerle como garantía para su persona la Intendencia de Concepción o el mando en propiedad del ejército del Sur, mas no las dos cosas a la vez.»

Las proposiciones con las cuales el gobierno quería evitar la contienda civil que ya se avecinaba ni siquiera pudieron llegar hasta Prieto, pues Godoy fué detenido por la división de vanguardia que comandaba Bulnes y cuando pudo ver a Prieto ya la situación había cambiado totalmente.

Pese a este fracaso, en su deseo de llegar a un arreglo con los revolucionarios, el gobierno persistió en ellos y es así como el 5 de Diciembre se presentaron en el campamento de Ochagavía, en las cercanías de la capital, los coroneles Benjamín Viel y Pedro Godoy** y después de una conferencia pactaban con los coroneles Bulnes y Villagrán, como representantes del general Prieto, una suspensión de la lucha que duraría hasta las dos de la tarde del día siguientes. A las nueve de la mañana del día seis se reunirían en la chacra del general Blanco, en los suburbios de la ciudad, los plenipotenciarios suficientemente autorizados por ambas partes, para que antes de la hora designada para cesar el armisticio concluyesen un tratado definitivo que pusiera término a las desaveniencias políticas.

En realidad ésta era sólo una maniobra de Prieto con la cual mejoraba sus posiciones y así afianzaba la victoria de sus tropas la que ya veía segura. Por su parte el gobierno, no comprendiendo que la tregua era un simple subterfugio de Prieto, y que por lo tanto había sido engañado, creía asegurada la paz. Su optimismo se desvaneció sólo cuando las conversaciones entre los plenipotenciarios, en la chacra del general Blanco, fracasaron.

El general en jefe de las fuerzas que apoyaban el régimen, general Lastra, en vista de lo inútil que era proseguir intentando un avenimiento con el enemigo, publicó un manifiesto que decía: «Ya no hay medios que proponerle (a

* Barros Arana, obra citada.

** Esta nueva designación de Godoy como parlamentario es una prueba más de las magníficas condiciones que poseía.

Prieto) para el restablecimiento de la paz que él mismo ha perturbado. Ya no queda otro recurso que el de la fuerza y tal vez será preciso emplearla contra los sentimientos de mi corazón. El responderá a vosotros de los males que origina a la nación.»

Por su parte el general Prieto, también convencido de la justicia de su proceder, repartió una proclama que terminaba así:

«¡Soldados! Vamos a auxiliar a ese pueblo oprimido, cuyas opiniones son el eco de la voz que ha alzado la mayoría de la República contra los que profanan sus leyes. Vamos a hacer triunfar la causa de sus principios y de la justicia; vamos a sepultar a los desorganizadores del país, y a establecer para siempre la tranquilidad a que es acreedor por sus sacrificios, y a que es llamado por la naturaleza. Este es el objeto de la campaña que vais a abrir, y contando con vuestro valor, vuestro general está cierto de conseguir la victoria.»

El 14 de Diciembre se trabaron las fuerzas del gobierno y las de Prieto en un violeto combate en la chacra de Ochagavía, cuyo resultado fué indeciso. En él participó Godoy dirigiendo el batallón Chacabuco.

A comienzos de 1830, en Febrero, en circunstancias de encontrarse el coronel Godoy en Talca, el general Prieto envió desde Santiago el escuadrón Húsares, al mando del coronel Francisco Ibáñez, para reforzar las tropas que el coronel Cruz tenía en Concepción. El destacamento detuvo su marcha a orillas del río Loncomilla, a corta distancia de su confluencia con el Maule.

El hecho de haber formado los Húsares parte del Ejército de Lastra y de haber sido incorporado casi a la fuerza al del general Prieto, hizo creer al coronel José Francisco Gana y a Godoy que sería fácil inducirlos a volver a servir a la antigua causa. En esta creencia entraron en tratos con el subteniente Gaete al cual dieron quinientos pesos para gratificación de la tropa, con lo cual creían asegurado el éxito de su plan. Desgraciadamente el tal Gaete se burló de ellos en forma sangrienta, traicionándolos. En efecto, el 18 de Febrero, engañados por tres tiros de carabina, señal convenida para anunciar el éxito de la misión de Gaete, pasó Godoy acompañado por un grupo

de oficiales, el río Maule, pero al pisar la ribera sur fueron rodeados por la tropa, retenidos como prisioneros y luego conducidos a Chillán.

Felizmente, el cautiverio de estos audaces no fué tan largo como para impedirles participar junto a las fuerzas del general Freire en la batalla librada el 17 de Abril a orillas del río Lircay. Este encuentro tuvo, más que una importancia militar, el efecto de afianzar definitivamente en el poder a la corriente doctrinaria pelucona, sustentada por la aristocracia acaudalada y terrateniente del país.

Desde Ochagavía los revolucionarios fueron adquiriendo posiciones cada vez más sólidas en el gobierno. En los momentos en que la victoria de las fuerzas de Prieto y de Bulnes decidían el triunfo pelucón, mantenía firmes las riendas del poder Diego Portales quien tendrá el mérito de encauzar los destinos de la República por la vía del orden y del respeto a la autoridad legítimamente constituida, aunque para ello le haya sido necesario actuar muchas veces, obligado por las circunstancias, fuera de los marcos de una estricta constitucionalidad.

Entre las medidas que de inmediato tomó el nuevo gobierno de facto, fué eliminar a todas aquellas personas que por su lealtad al régimen pipiolo o por una adhesión muy firme a las ideas de avanzada democrática, significaban un peligro para la estabilidad del nuevo régimen. Se justifican, en realidad, todas aquellas medidas destinadas a suprimir la influencia que aun pudiesen tener los militares adictos a los gobiernos de los generales Pinto y Freire, pero no hay justificación posible al hecho de dejar en la miseria en que quedaron muchos de esos militares, aun aquellos que habían participado en las luchas por nuestra independencia y de la de las naciones hermanas. Entre estos últimos estuvo Godoy. Hecho prisionero en la batalla de Lircay, donde luchó por la defensa de un régimen que sustentaba ideas a las cuales el adhería con toda la vehemencia de su temperamento apasionado e impetuoso, fué dado de baja el 22 de Abril de 1830. Conducido primero a Talca fué traído luego a Santiago y mantenido en prisión. Pero nada en realidad podía poner freno a la fogosidad de su carácter y desde la prisión lanzaba sus dardos contra el régimen de facto, y principalmente contra don Diego Portales y la corriente doctrinaria que representaba el cáudillo. En

efecto, son los «estanqueros» el blanco favorito de los incisivos y ardientes ataques que, desde el cuartel de San Pablo, lanzaba Godoy en artículos publicados en la hoja *El Defensor de los Militares*, según veremos al considerar su labor periodística.

Libre de la cárcel en que había caído defendiendo las ideas que tan arraigadas estaban en él y en las cuales tenía fe de creyente, se vió obligado a dejar este suelo, su patria por la cual tantas veces, arriesgando su vida y derramando su sangre, había luchado ya sea para libertarla de los lazos peninsulares o para darle honor y gloria peleando en tierra extranjera. Abandona Chile y se refugia en la tierra que ya en otras ocasiones se había convertido en el refugio de los hombres anhelosos de libertad. Godoy se instala en Mendoza y desde allí observa el panorama político de su patria, por la cual sentía el mismo intenso cariño que por su madre.

Pasan los años; Chile, poco a poco, bajo la dirección de Portales va entrando a las vías de progreso económico, orden administrativo, y de constitucionalidad, adelantándose a todas las repúblicas nacidas a la vida libre en ese fecundo primer cuarto de siglo XIX. Las trincheras de oposición lanzaban nutridas andanadas de diatribas contra el régimen triunfante de Lircay, muchas de ellas justas, pero otras muy numerosas eran el producto del despecho y quizás de una falta de sensibilidad para captar el momento de crisis por que atravesaba Chile, que exigía de los hombres que ostentaban el poder todo su esfuerzo para consolidar, sobre bases de granito, o sea, orden y respeto a la autoridad, ese edificio magnífico que nos han legado y que es la República de Chile.

Muchas veces fué la pluma de Godoy, reflejo fiel de su temperamento ardiente y de su carácter enérgico y de la chispa de su inteligencia vigorosa, la que en sarcásticos artículos atacara al gobierno de Prieto y de su primer ministro, Diego Portales. En ellos les echaba en cara las medidas drásticas tomadas con los militares que después de Lircay fueron separados del ejército por su apoyo decidido al antiguo régimen, o mejor dicho a los hombres del antiguo régimen, pues ya lo hemos dicho antes, son los sentimientos hacia personas más que ideas los que mueven a los hombres de esa época. El estilo es a veces procaz en esos furibundos artículos de Godoy, pero en ellos se nota la firmeza inmovible de sus ideas a

las cuales nunca claudicará; había nacido liberal, para vivir como liberal y morir como liberal. Es que estaba convencido de la bondad de sus ideas y cuando se ha llegado a un convencimiento semejante sería un crimen ceder terreno en la defensa de los ideales.

En la guerra contra la Confederación

Llega el año 1838; la patria iniciaba una nueva jornada por la libertad de pueblos hermanos y por el resguardo de la propia soberanía. En el retoño de conquistadores vibraba aún el espíritu inquieto de éstos, su arrojo y valentía y así como ellos estaban dispuestos a desenvainar la espada en cualquier momento «por su Dios, por su rey y por su dama», Godoy la empuña una vez más por la libertad y soberanía de las instituciones y de los pueblos.

Pese a que estaba separado del ejército y a la «firmeza de sus principios», el general Prieto llamó a don Pedro Godoy para pedirle su cooperación en la campaña que iniciaba el ejército chileno para alejar del Perú al general Santa Cruz que se había declarado su Protector, amagando sus libertades y pisoteando su soberanía trazando con ello una interrogante sobre la futura seguridad de nuestro propio país. Godoy no vió la distancia que lo separaba de ese gobierno que le pedía su cooperación; primando en él su ascendido patriotismo, olvidó odios y rivalidades y gustoso se reincorporó al ejército el 12 de Enero de 1838.

El jefe de la nueva expedición que iría a luchar por la libertad de la nación hermana era don Manuel Bulnes. La escuadra a cuyo bordo fué trasladado al Perú el ejército chileno partió de Valparaíso el 10 de Julio de 1838. El puerto peruano al cual iba destinado era Ancón. No es del caso relatar los pormenores de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y sólo estudiaremos la labor desarrollada en ella por Pedro Godoy.

Cuando el ejército chileno desembarcó en las costas peruanas, Bulnes se dirigió por medio de un manifiesto al pueblo peruano y en los siguientes términos: «Cooperar a salvaros completamente del dominio extranjero, afianzar con vuestra sal-

vación la seguridad de mi patria y volver a su seno sin más botín que vuestra benevolencia, son los grandes objetos de la misión que se me ha encomendado, el blanco de mis ardientes deseos y la única gloria a que aspiran los guerreros de mi patria.»

Consecuente con sus principios, Bulnes no quería en ningún momento derramar sangre peruana, por lo que inició largas negociaciones, en las cuales también participó como parlamentario Godoy, con las autoridades peruanas que se habían insurreccionado contra el Protector Santa Cruz, pero que rechazaban del ejército chileno. Desgraciadamente, no se pudo llegar a ningún arreglo, rompiéndose las hostilidades.

Antes de seguir adelante, conviene establecer el alto cargo que le cupo desempeñar, por lo menos en la primera parte de la campaña contra la Confederación, a don Pedro Godoy. Me refiero al cargo de jefe interino del Estado Mayor General. El mismo nos cuenta, en unos famosos artículos que con el título de «Yo y Garrido» escribiera en el *Diario de Santiago*, la forma y la causa de su nombramiento:

«En mi nombramiento de Jefe de Estado Mayor interino se tuvieron presentes veinte años de buenos e intachables servicios, siempre en campaña, de que fué testigo el mismo general Bulnes, don Joaquín Prieto por notoriedad y los mejores generales del ejército a cuyas órdenes había servido. No pudiendo ser Jefe del Estado Mayor en propiedad, por no alarmar a los generales del ejército a quienes correspondía este empleo, se me nombró Teniente General Comandante o lo que es lo mismo, segundo Jefe del Estado Mayor en propiedad, encargado interinamente de su desempeño.»

En calidad de tal participó en la batalla llamada de Guías, la primera acción de importancia del ejército de Bulnes, en que lucharon fuerzas chilenas y peruanas, éstas últimas del jefe peruano Orbegoso. Godoy tuvo a su cargo la persecución del enemigo hasta la ciudad de Lima, pues la acción se desarrolló en las cercanías de ésta, como comandante de la División de reserva.

Dejemos hablar al general Bulnes, quien en el parte oficial que sobre esta batalla emitió, dice: «Considerando que me exponía a perder las ventajas obtenidas hasta entonces permitiendo que el enemigo se rehiciese, teniendo un crecido

número de sus mejores tropas sobre la reserva colocada en el centro de la población, mandé avanzar a la segunda división a las órdenes del jefe del Estado Mayor interino, coronel don Pedro Godoy, con la orden expresa de atacar el puente y desalojar al enemigo a toda costa.»

La marcha hacia la victoria estaba erizada de obstáculos, la metralla enemiga segaba las vidas preciosas de nuestra juventud valiente e idealista. Aquella generación había nacido para forjar en el yunque de las luchas por la independencia y por la consolidación de la libertad de nuestros pueblos el marco de libertad y de progreso en que se han desenvuelto las generaciones que vinieron.

Pese a todas las condiciones desventajosas la división chilena logró deshacer las defensas enemigas y antes de las ocho de la noche del 21 de Agosto el coronel Godoy desplegaba al viento nuestro glorioso estandarte en el campo enemigo, entrando luego con el ejército a Lima.

Al saber el Presidente Prieto la actitud generosa y valiente de Godoy en la jornada de Guías, le envió la siguiente carta:

«Señor don Pedro Godoy:

«Mi amado coronel y amigo: . . . Después de lo expuesto y de haber dejado bien puesto el honor de la República y de sus armas, mi único deseo será tener el placer de abrazar a Ud. como ahora lo hago con todo mi corazón, felicitándole por su brillante actuación en la memorable jornada del 21, etc.

Joaquin Prieto.»

En este reconocimiento de Prieto, que era adversario acérrimo de las ideas políticas de Godoy, se nos muestra toda la brillante personalidad de Godoy; sus mismos enemigos no podían dejar de reconocer sus méritos.

A mediados de Agosto, por intrigas de don Victorino Garrido, fué separado temporalmente del ejército expedicionario y enviado en comisión al norte, a Guarochiro y luego nombrado jefe de hospitales en Trujillo. En donde quiera que estuviese Godoy, siempre fué un fiel cumplidor de su deber. Su comportamiento en el cumplimiento de este último cargo lo de-

ducimos de la siguiente carta, que es contestación a una solicitud presentada por Godoy para reincorporarse al ejército, pues sabía que se estaba preparando una acción de importancia y quizás decisiva (como en realidad lo fué) en las cercanías de Yungay:

«Al señor Coronel don Pedro Godoy.

«Trujillo, Enero 15 de 1838.

«Señor Coronel: No obstante no tener órdenes para permitir a Ud. su traslación al cuartel general, conociendo las justicia y la nobleza de su solicitud convengo en que Ud. se incorpore al ejército de su patria, dejando a cargo de la comisión que con tanto celo ha desempeñado, al señor don Manuel Amunátegui, Administrador de Hospitales. El cielo quiera recompensarle el patriotismo y actividad de Ud. en el lleno de sus atribuciones, sin la que nada habríamos practicado aquí de provecho, con la parte de gloria que le tocará en la victoria que busca, y a que no dudo contribuirán su contracción al servicio y conocimientos militares. Mientras tanto, tengo la honra de ofrecer a Ud. etc., etc.,

Antonio Gutiérrez de la Fuente.»

Inmediatamente después del 15 de Enero, salió Godoy de Trujillo en dirección, al campamento del ejército chileno en las cercanías de Yungay a orillas del río Santa. La sangre extremeña que corría por sus venas no le perdonaba el encontrarse lejos de la batalla que se avecinaba y es por eso que ponía todas sus energías al servicio de este deseo. Desgraciadamente, la providencia divina dispuso otra cosa y el coronel Godoy fué apresado por las partidas enemigas del coronel boliviano Carrasco.

El 20 de Enero, el río Santa se enrojeció con la sangre de los hermanos de tres repúblicas americanas. Pero la acción de Yungay tuvo el privilegio de devolver al Perú su perdida independencia, de libertarla del caudillo extranjero que en un ansia enfermiza de poder había pisoteado los derechos inalienables de los pueblos y las instituciones que los rigen, poniendo en jaque nuestra propia soberanía y tranquilidad ganadas a costa de tantos y tan costosos sacrificios de sangre

y de vidas. El ejército chileno había ganado un galardón más en su brillante y meteórica carrera.

Godoy habría querido participar en la gloriosa jornada de Yungay, pero ya dijimos que se lo había impedido el arresto de que fué objeto de parte de las fuerzas bolivianas.

Con el regreso a Chile del ejército restaurador de las libertades del Perú hemos llegado al fin de este capítulo que hemos titulado «El Militar» y en el cual se ha tratado de dar un vistazo general a las actividades propiamente guerreras de Godoy. En él hemos asistido con nuestro personaje a todas las acciones de importancia, que desde la gloriosa jornada de Maipo hasta la no menos decisiva victoria de Yungay, han rubricado con su heroísmo y su sangre nuestro ejército. Ha sido un soldado el que hemos destacado. Pero su audacia, arrojo y patriotismo nos da la pauta, y, sin peligro de caer en hipérbolo, podemos decir que cada uno de los soldados de nuestro ejército era un héroe, anónimo muchas veces, pero no por eso menos glorioso.

CAPÍTULO III

EL PERIODISTA

Observemos cuál era la situación de nuestro país en los años de 1829 y 1830. Chile, mejor dicho, Santiago y Concepción, estaban divididos ideológicamente en dos grandes bandos, bandos que se agrupaban más que en torno a ideas en torno a personas, siendo, en consecuencia, mucho más irreconciliables. La cultura ¿qué nivel había alcanzado?, ¿podría compararse con la nuestra? Para contestar a estas preguntas bastaría echar una rápida ojeada sobre los años transcurridos desde 1810 adelante, años en que solamente pudo aplicarse el adagio latino *primum vivere, deinde philosophari*. El instinto de conservación primaba sobre toda preocupación espiritual, salvo la del alma.

Ahora bien, ¿cuál sería el estilo normal de la prensa de aquellos años en que a una escasa ilustración cultural y política se unía la división de la ciudadanía en grupos personalistas irreconciliables? Para muestra basta un botón. Entre las numerosísimas proclamas aparecidas durante el crítico período que comentamos hay una que empieza así, siendo contestación a otra:

«Estoy persuadido S. S. Municipales soñados que la muy honorable nota de V. V. a que me refiero en contestación, no

ha llegado ni llegará jamás a nuestros jefes, que poco caso hacen de porquerías de esta naturaleza, ni de puercos de su laya...»

Ese es en general el estilo periodístico usado por nuestros abuelos en el alborar de la época republicana chilena.

He hecho este corto preámbulo con el objeto de echar una ojeada al ambiente en que esgrimiera Godoy el poderoso estilete de su pluma y desparramara el ácido corrosivo de su ironía, pues, según lo hemos recordado varias veces en el transcurso de este trabajo, junto con ser Godoy un gran capitán de la espada fué también brillante general de la pluma.

Desgraciadamente sólo cultivó el género periodístico, sin intentar jamás encerrar sus ideas en alguna obra de más aliento. Se explica esto por su temperamento inquieto que lo llevó al palenque de las luchas políticas, siendo eternamente perseguido por sus enemigos, que siempre estuvieron en el poder. Para él, la calma no existió nunca; su ambiente natural fué siempre el de la pelea, ya sea en el campo de batalla, en la asamblea política o en la página periodística. Fué toda su vida un Quijote dominado por la idea de deshacer entuertos y ganar batallas contra gigantes en homenaje a la Dulcinea, no del Toboso, sino del liberalismo.

Sus primeros artículos fueron vaciados en ardientes proclamas que circularon profusamente en Santiago en 1829. En ellas, aunque se hallen mezcladas otras, no es difícil descubrir el estilo que lo hará famoso a través de todo ese período de enconadas luchas políticas que caracterizaron a los gobiernos decenales.

Tengo a la vista una de las numerosas proclamas que lanzara Godoy contra la fracción de los «estanqueros» que presidía Diego Portales y que comienza así: «¿No estáis contentos malvados, con los males que habéis causado al país? Bien, seguid vuestra carrera; cometed mayores atentados; echad por tierra esa constitución que os prohíbe el monopolio; detestad a los que la firmaron y sobre la ruina de todo, levantad el estandarte de la opresión y del desorden.»

El Republicano, diario que murió en la cuna de su primer número, conoció también de la pluma de Pedro Godoy; fué un intento hecho en compañía de don José Joaquín de Mora de fundar una publicación periodística, pero por razones que

no conocemos esa empresa no pasó de su primer número, en el cual podemos descubrir algunos artículos que, aún cuando no tienen la energía cáustica de la generalidad de sus artículos posteriores, se pueden diferenciar perfectamente de aquellos serenos y reposados de don José Joaquín de Mora, sembrados de términos jurídicos.

Después de Lircay la prensa enmudeció. La autoridad de Portales se impuso incontrastable, pues no se comprendía una república democrática con pleno uso de las libertades ciudadanas cuando pesaban sobre estos pueblos tres siglos de gobierno monárquico en que la autoridad real tenía el nimbo de lo divino.

Pero pese a la mano de hierro con que Portales estaba gobernando el país, en Julio de 1830 aparece un periódico decididamente opositor titulado *El Defensor de los Militares*. En esa hoja en que se hacía la defensa del partido vencido y se lanzaban amargas recriminaciones contra los vencedores de Lircay, Godoy, estando aún encarcelado, escribía sustanciosos artículos, salpicados de ironía bajo el pseudónimo de «El ex-cabo segundo» o bien «El Trompeta».

Una vez salido de la cárcel y antes de dirigirse a Mendoza continuó colaborando entusiastamente en la hoja liberal. De este tiempo es el artículo cuyos fragmentos copiamos a continuación:

«Señor Juicio: si tiene alguno, siendo ciertas las facultades extraordinarias del Gobierno para perseguir y castigar sin formación de causa, atropellando las leyes naturales, civiles y divinas ¿de dónde las ha sacado? Si el Congreso no se las ha dado, porque no ha podido hacerlo ¿quién se las habrá concedido? ¿Se las presentaría *La Opinión** o se las trajo Ud. del empleo de concesión de algunos de los reyes que se pasean por esas alturas? ¿Por qué no se nos saca de una vez de dudas, manifestándonos el origen de estas nuevas leyes, para trazar la conducta a que nos obligan sus preceptos? ¿No será mejor y menos cruel se nos diga terminantemente qué se quiere de nosotros para sobrellevarlo o precaverlo, que existir bajo el yugo de una tan desesperada incertidumbre? ¿No son insuperables tantos insultos y amenazas después de pri-

* *La Opinión*, diario adicto al Gobierno.

siones sorprendentes y violentos destierros? ¿Para lisonjear pasiones y satisfacer venganzas no bastan todavía tantos desastres y persecuciones? ¿Se tendrá aún por generoso el mortífero estado a que han sido reducidos los que en otros tiempos venturosos nos llenaron de glorias inmarcesibles dándonos una patria de la cual ahora se les despoja, y una libertad que se convierte contra ellos en la más cruel tiranía? ¿Qué podrán hacer unos hombres inermes, que apenas subsisten con los socorros de la amistad y atenidos a la compasión de los que se dignan llamarlos ciudadanos?» Prosigue más adelante: «¿Si se disputaba el cumplimiento de las leyes, por qué no se ejecutan ahora que no hay quien se oponga? ¿Si éstas no son otra cosa que mandatos y prohibiciones para utilidad pública, por qué no son juzgados sus infractores en el orden que ellas designan? ¿Si los vencidos son criminales, por qué no se les forma causa para que sean castigados sus delitos? ¿Estaremos así toda la vida? ¿Habrá quien pueda estar conforme en una situación tan violenta?»

Este sistema lleno de preguntas irónicas, era el arma poderosa que utilizaba Godoy contra sus enemigos. Con ella desarmaba inmediatamente al contendor, pues la respuesta que generalmente no tenía alternativa, se volvía implacable contra éste.

La otra publicación en que Godoy colaboraba para atacar al régimen imperante en esos años críticos que marcaron el advenimiento de la República autocrática y poco antes de iniciar su viaje al exilio en tierra Argentina, fué el periódico *El Trompeta*, que salió a la luz pública por primera vez el 11 de Diciembre de 1830. Compañeros de Godoy en la tarea de esgrimir sus plumas en la defensa apasionada de la causa pipiolla fueron don José Joaquín de Mora, Melchor José Ramos y don Ramón Santa Cruz, entre los principales. Fué ésta una publicación de corta existencia, como la generalidad de los periódicos de aquella época tan discutida.

El tema favorito de nuestro personaje es, como en las anteriores publicaciones en que había intervenido, el de «los estanqueros», como también la defensa de los oficiales «dados de baja», sus compañeros de infortunio:

«Por el estanco se hallan presos, detenidos, y perseguidos los que rompieron las cadenas del despotismo, los que cubrie-

ron de gloria a la nación y los que con su sangre aseguraron su independencia», dice en un artículo del 27 de Enero de 1831.

Después de esta intervención periodística abandona Godoy el escenario de la política santiaguina. De sus años pasados fuera del terruño, nada se sabe, pues, según ya hemos explicado al iniciar este trabajo, sus papeles y recuerdos de familia desaparecieron durante los sucesos que conmovieron al país en 1891 al ser saqueada la casa de sus hijos. Volvemos a tener noticias del ilustré militar y periodista a fines de 1837 al ser llamado por el Presidente Prieto a participar en la campaña contra Santa Cruz que se inició a mediados del año siguiente y en la cual le cupo una encomiable labor, que ya ha quedado estampada en otro lugar.

Al regresar del Perú a fines de 1839, Godoy se va a convertir en *l'enfant terrible* de la política santiaguina con sus duros ataques a los hombres que manejaban los negocios públicos en aquella época, lanzados desde las columnas de la prensa de oposición. Una publicación que se hará famosa y en la cual participó activamente Godoy, es la que salió a la circulación con el título, ya muy sugestivo, de *La guerra a la tiranía*.

Pero antes de ocuparnos de estas «travesuras» del iracundo opositor, detengámonos un momento a observar la marcha de la República bajo la égida del jefe revolucionario a quien tocara la suerte de vencer en Lircay.

Don Joaquín Prieto, asesorado de hombres como Portales, Mariano Egaña, Andrés Bello, Manuel José Gandarillas y Joaquín Tocornal, había tratado de dar al país una organización republicana sólida, cimentada sobre una economía ordenada y un territorio pacificado y libre de enemigos externos e internos. El marco legal en que, desde 1833, se desarrollaba la vida ciudadana, era la Constitución llamada de 1833.

Gracias a la labor de los hombres que manejaban el timón de la república y, sobre todo, a Diego Portales, Chile tenía «un gobierno regular, respetable y respetado». «El gobierno de paz y de orden, de rigurosa economía y de administración efectiva que imperaba en 1836 era, puede decirse así, la obra de don Diego Portales. Sin duda él no lo había hecho todo, ni había podido hacerlo ningún hombre; pero él era el creador del plan, el que trazó las grandes líneas que sirvieron

de base a la organización del gobierno, y el inspirador de muchos detalles de aquella obra laboriosa y compleja».* Desgraciadamente muchas de las conquistas que para el «gobierno de orden» ganara Portales se veían ensombrecidas por actos de represión contra los impulsos liberales y democráticos del bando opositor, según ya hemos anotado. Las medidas tomadas en contra de las personas adversas al régimen provocaban conspiraciones las que, generalmente muy mal preparadas, eran descubiertas, recrudeciendo las prisiones y los procesos. Todo ello repercutía en la tranquilidad pública y hacía que se reforzara más y más el poder de la autoridad.

En 1837 la República ve su futuro amenazado por la formación de la Confederación Perú-boliviana. Portales, pese a que el país no se hallaba preparado para una empresa militar de la envergadura de la que se necesitaba para echar por tierra los sueños imperialistas de Santa Cruz, se propone acometer la tarea y en su ejecución pone toda la chispa de su genio y el ardor de su patriotismo. Un disparo certero puso fin a su vida, no siéndole dado llevar la empresa hasta el fin. Pero el gobierno chileno continuó la obra comenzada por Portales y la condujo hasta el fin y Chile pudo vivir nuevamente libre de las amenazas del caudillo boliviano, restaurando además la libertad del pueblo peruano.

Terminada la guerra contra la Confederación, la tranquilidad del país se vería nuevamente perturbada esta vez por las elecciones con que se reemplazaría el Congreso, a comienzos de 1840, los días 29 y 30 de Marzo. La oposición entró a la lucha, pese a la enorme desventaja que le significaba la lejanía del poder; pero estaba esperanzada de que la política de represión seguida por el gobierno durante tan largos años, influyese en la opinión pública a favor de las ideas liberales.

El resultado de las elecciones fué, como es de suponer, de abrumadora mayoría para los partidarios del gobierno, ya que éste poseía los resortes que le aseguraban el éxito. La oposición alcanzó a reunir nueve diputados, «número muy reducido, sin duda, pero que significaba un cambio muy importante respecto de los congresos anteriores, donde muy rara

vez, y eso débilmente, se había oído alguna voz que desintiese del gobierno.»*

Entablada la lucha en el Congreso, por una oposición pequeña en número, pero de una audacia temeraria, se continuaría luego, cuando se plantease el problema del sucesor del Presidente, cuyo segundo período ya tocaba a su fin. La victoria contra Santa Cruz había elevado enormemente al general Manuel Bulnes en el concepto de la opinión pública. Por otra parte, su parentesco cercano con Prieto (era sobrino carnal) le aseguraba el apoyo oficial, siendo, por lo tanto, uno de los candidatos que marchaba seguro al triunfo. A esta candidatura oficial se oponía la del general Francisco Antonio Pinto, levantada por las fuerzas liberales que habían dejado el poder en 1830.

Pero la candidatura que se imponía incontrastable era la de Bulnes. La oposición, para detenerla, optó por el ataque directo al gobierno de Prieto, cuya continuación significaba dicha candidatura.

Pedro Godoy tendrá una participación más que destacada en la lucha a muerte que se inició meses antes de las elecciones que deberían tener lugar los días 25 y 26 de Junio de 1841.

El día 25 de Agosto de 1840, entraba a la circulación un pequeño periódico «sin día fijo» y que llevaba un sugestivo título *Guerra a la Tiranía*. Entre los colaboradores más notables con que contó esta humilde hojita periodística, pero que tendría mucha resonancia, figura don Pedro Godoy. Al comentar Barros Arana la aparición del diario se expresa sobre Godoy en los términos siguientes: «Militar inteligente, aunque de espíritu burlón lo que, junto con su propensión habitual de reírse y de hacer el ridículo de sus jefes y de sus compañeros, suscitó los fuegos de éstos y obligó a Bulnes a alejarlo del ejército, conservándole sin embargo sus emolumentos.» «Por la claridad y soltura de estilo, por su ingenio para la burla, por la acritud acerada de éste y por su valentía para dirigir sus dardos aun a los más poderosos y para desafiar las iras de éstos, era Godoy un colaborador precioso para un periódico que entraba en la lucha resuelto a todo y sin arredrarse por consideración alguna.»**

* Barros Arana, obra citada.

** Barros Arana, obra citada.

Desgraciadamente nos ha sido imposible encontrar algún ejemplar de este comentado periódico que tanta conmoción produciría en el ambiente pre-eleccionario de aquella época. Pero nos es fácil darnos cuenta de lo enérgico que serían los artículos de Godoy por la reacción producida en los medios gubernamentales y por las opiniones que ellos merecían de los hombres de la época. Así, por ejemplo, don Andrés Bello refiriéndose a la *Guerra a la Tiranía* decía:

«Hacia largo tiempo que se publicaba en esta capital un papel cuyo único objeto, al parecer, era zaherir y atacar la reputación de gran número de personas respetables, y representar al país, nunca más tranquilo que en la época actual, como agitado por las pasiones más desenfrenadas, o bajo el yugo de la más insoportable tiranía. El hecho de semejante escrito público, sin acudir al sentimiento íntimo de la nación, y a lo que todos palpan por sí, demostraba suficientemente el verdadero estado del gobierno y del país; del mismo modo que la exageración de sus infundadas suposiciones contra las personas más distinguidas y beneméritas, y aún contra familias en masa, acreditaba que sólo por su alta posición y eminentes cualidades se habían traído tan inmerecidos ultrajes. Con todo, el espíritu de difamación y de calumnia había subido a un punto que era de temerse llegase a minar el edificio social en sus cimientos, acostumbando a la multitud poco educada a mirar en menos la moralidad y la decencia y a perder toda idea de consideración y de respecto a los primeros magistrados.»

«Eran muy leídas — dice Barros Arana, testigo también de la época — las «noticias de Turquía», invención de don Joaquín de Mora diez años antes y explotada ahora por el coronel Godoy con tanto ingenio como maliciosa y cruel ironía. Dando a los personajes chilenos nombres turcos de pura invención, pero que permitían reconocer de quien se trataba, se referían hechos más o menos ridículos, pero casi siempre ofensivos, que tenían alguna relación o semejanza con lo que estaba pasando en Chile. Todos los sostenedores del gobierno (Prieto, Bulnes, Manuel Montt, Miguel de la Barra, etc.) eran fustigados despiadadamente y como todo aquello o casi todo estaba escrito con soltura y con chiste y como venía después del silencio a que había estado reducida la prensa en años anteriores, aquel pe-

riódico era muy leído y por todas partes despertaba la risa y excitaba el desprestigio de los gobernantes.»*

El fin perseguido por los redactores de la publicación que comentamos era, según se puede deducir fácilmente de su título, el combate contra la tiranía, representada, por supuesto, por el gobierno del general Prieto «nacido de una revolución, sostenido por el fraude y la violencia, usufructuado por aquel y sus parientes, y preparada para legar la república a un militar grosero, sin inteligencia, sin virtudes y sin más títulos que las victorias alcanzadas por el valor del soldado y por la casualidad.»**

Entre los artículos más violentos figuran los titulados «Noticias de Turquía» y en los cuales se hace aparecer a los hombres de gobierno con nombres como los siguientes: al Presidente Prieto se le llamaba el «tío Abraham Asnul»; el general Bulnes aparece con el apodo de «Bulke Borrachei» y don Mariano Egaña era el «Lord Callampa». Barros Arana atribuye las noticias de Turquía a Pedro Godoy. Por su parte don Alberto Edwards al comentar las obras de José Joaquín Vallejo en la colección de Historiadores de Chile, menciona las mismas noticias como escritas por Jotabeche. Creo que está en la verdad el señor Edwards por cuanto Godoy, en una de las cartas escritas a su íntimo amigo don Pedro Félix Vicuña le asegura que él no es el autor de dicho artículos y que por lo tanto las medidas tomadas contra él fueron injustas. Estas medidas fueron el retiro absoluto del ejército, como se verá más adelante.

Efectivamente, al continuar más y más violentos los ataques de la oposición desde el periódico que nos ocupamos, el gobierno se vió en la necesidad de dictar algunas medidas tendientes a hacer cesar tal estado de cosas. Prieto encargó dicha misión a don Manuel Montt, ministro de guerra, quien desde el rectorado del Instituto Nacional venía precedido de la fama de su indomable energía. La primera medida tomada fué contra uno de los principales y más inteligentes colaboradores del periódico discutido, don Pedro Godoy. El 16 de Enero de 1841 firmó un decreto que en forma inteligente disponía el alejamien-

* Obra citada.

** Obra citada.

to de Godoy del centro nervioso de la política nacional, trasladándolo a Valdivia. El decreto en referencia es el siguiente:

«Santiago, Enero 16 de 1841.

«El comandante general de Armas impartirá la correspondiente orden para que el teniente coronel de infantería de ejército graduado coronel don Pedro Godoy se ponga inmediatamente en marcha para la plaza de Valdivia a recibir las órdenes que le comunique el intendente de aquella provincia sobre el cumplimiento de una comisión del servicio que deberá desempeñar en la misma provincia; entendiéndose que gozará del sueldo integro correspondiente a su clase mientras permanezca en dicha comisión.

«Tómese razón y comuníquese.—Prieto.—Manuel Montt».

Pero una vez más entra en juego el carácter enérgico y el temperamento tempestuoso de Godoy y se niega en forma terminante a cumplir la orden de sus superiores, declarando que prefería romper sus despachos y cortar su carrera militar antes que someterse a un acto de violencia semejante. «Se le conminó con un proceso ante un Consejo de Guerra por el delito de desobediencia, sin que Godoy cambiara de determinación». «El Presidente de la República podía apreciar por las ocurrencias de esos últimos años lo que valían tales procesos y creyendo, con razón, que el que se promoviese a ese militar no produciría otro efecto que el dar mayor circulación y boga a *La guerra a la tiranía*, no aprobó que se diese curso a procedimiento alguno de ese orden.»

El resultado de todo aquello fué el retiro absoluto de Godoy de las filas del ejército, siéndole asignado un sueldo de 838 pesos.

La expulsión de Godoy de ese ejército a cuyas glorias tanto había contribuido y en cuyo servicio habían transcurrido los mejores años de su vida, los de su juventud, cuando el hombre anhela servir y luchar, no por monedas mercenarias, sino por los más puros ideales de libertad y patriotismo, no arredraron a los que por sobre todo querían recuperar el gobierno perdido en 1830. «*La Guerra a la Tiranía* continuó en forma sistemática su violentos ataques a las autoridades de la República. Estas estaban impedidas de actuar por medio de una sanción que pusiese corte radical a la violencia de la prensa por el artículo 24 de la ley de imprenta de 11 de Diciembre de 1828,

el que dice textualmente: «Los impresos no pueden ser acusados por injuriosos sino por la persona injuriada, su apoderado o por sus parientes hasta en cuarto grado.» El Presidente Prieto se había resistido por mucho tiempo a entablar una acusación, pero por último, con el apareamiento del número 22 publicado el primero de Marzo, se decidió a ello y autorizó al fiscal interino de la Corte de Apelaciones para acusar por injurias a la audaz publicación. Después de muchas deliberaciones se declararon injuriosos en tercer grado los artículos del número 22, aplicándose una multa de 600 pesos al jefe responsable del periódico.

Esta condenación, sin embargo, no puso término a los insultos. Lejos de eso, siguió dándose a luz el periódico en el mismo término de burla, riéndose de todo y aún de la sentencia del jurado.

Felizmente Chile ha tenido una trayectoria política enmarcada por los sólidos principios de una verdadera democracia; por otra parte el espíritu cívico muy desarrollado ha permitido que las justas políticas se hayan desarrollado, salvo raras excepciones, en un clima de caballerosidad y respeto que contrasta con las presenciadas por el resto de las repúblicas ibero-americanas. Es así como los partidos que entrarían a la lucha presidencial de 1841, en la noche del 2 de Mayo, en una reunión de sesenta personas, proclamaron el siguiente acuerdo: «Los partidos concurrirán a la contienda electoral de los días 25 y 26 de Junio, sosteniendo cada cual el candidato propio que tenía proclamado. El gobierno se comprometía a respetar y a hacer respetar la ley en la elección, y al efecto se ofrecía a expedir órdenes a las provincias, para que las autoridades subalternas guardasen esa actitud legal. La unión de los dos partidos (liberal y conservador) se estrecharía después de la elección, cualquiera que fuese el resultado de ésta y el candidato triunfante; de tal suerte que si resultaba elegido el general Pinto, sería el general Bulnes el apoyo del nuevo gobierno y el defensor de las libertades públicas; y si triunfara este último los liberales le prestarían su cooperación y serían las columnas de la administración. El nuevo gobierno se instalaría dando una amnistía general por todos los delitos políticos, que pusiese término a los procesos, las confinaciones y destierros; y reincorporaría en el ejército a todos los militares dados de baja

después de 1830 y que no hubiesen sido reincorporados después de los últimos tres años.»*

Estos acontecimientos contribuyeron a disminuir el tono de los artículos de la *Guerra a la Tiranía*, periódico que muy pronto, una vez aquietado el clima de agitación producido por el período electoral, dejó de circular, siendo el 31 su último número.

Las elecciones se efectuaron en un clima de tranquilidad que auguraba días felices para la patria en que la paz y armonía sería el clima en que todos trabajarían por el progreso material y espiritual de Chile. En ellas triunfó el general Bulnes, pero desgraciadamente no todos los acuerdos anotados más arriba fueron exactamente cumplidos, pues en forma casi natural tienen que surgir siempre diferencias entre los hombres de partidos diferentes, por el encuentro de las ideologías que los separan. Sin embargo el acuerdo concreto de dar amnistía a los que habían sido separados del ejército se cumplió aunque en una forma restrictiva. El mensaje enviado a Congreso el 12 de Octubre del mismo año 1841 con la firma del Presidente de la República y de su Ministro del Interior, proponía la ley en los siguientes términos:

«Se concede amnistía a todos los chilenos que se hallan actualmente en destierro, a consecuencias de tentativas o hechos contra las autoridades o contra el orden público del estado.» El 15 de Octubre era aprobada la ley, pero con la salvedad que sigue: «se declara que por el hecho de la amnistía no se concede la restitución de honores, empleos y sueldos.»

En los años que siguen a 1840 es muy poco y nada lo que se sabe de nuestro belicoso personaje. Es a comienzos de 1845 que nuevamente sacude su silencio y entra con renovados bríos a la arena política, siempre enarbolando la bandera de los principios liberales y defendiéndolos con la pluma, su arma favorita y ante la cual sus enemigos temblaban.

Desde el año anterior (1844) circulaba en Santiago un periódico que en todo momento había representado el espíritu liberal; su título *El Siglo*. En sus columnas no se disimulaban los ataques al ministro don Manuel Montt y su política de un carácter más o menos restrictivo.

* Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*.

En Abril de 1845 el coronel Godoy que desde 1841 había permanecido alejado del periodismo y de la capital lanzó desde las columnas de *El Siglo* una serie de artículos «que formaban contraste con la moderación casi habitual de la prensa política en los últimos tres años».* Con la firma de «El Rebutón» que alcanzó a adquirir cierta popularidad Godoy atacaba duramente en tono serio o festivo al gobierno y a sus defensores, empleando en ocasiones un estilo un tanto procaz.

Pero sin lugar a dudas la intervención periodística más importante y de más aliento de don Pedro Godoy es la que emprendiera aquel mismo año 1845 y con el título de «Diario de Santiago». En efecto, el 12 de Julio de 1845 aparecía en Santiago el mencionado periódico, de cuatro páginas y un formato de 4.º mayor. En su presentación decía don Pedro Godoy: «La industria, los progresos de las artes, la agricultura, las minas, etc., todo ocupará nuestra atención. Tan importantes objetos, descuidados en medio de las atenciones de una política ocupada exclusivamente de personas y de conservar la autoridad en sus manos, serán en nuestra pluma otros tantos medios de ataques, para demostrar la insuficiencia del Ministerio y el abandono de los vitales intereses de la República. Prometemos sólo buena fe, patriotismo y decisión en defender la causa nacional.»

Desde los primeros números nos es posible apreciar el espíritu de lucha, contra Manuel Montt, principalmente, que anima a Godoy en la publicación del *Diario de Santiago*. En el número 5, refiriéndose a un artículo de *El Mercurio* en que al mismo tiempo que le da la bienvenida al «Diario», le acusa de repeticiones y reproducciones y de hacer siempre las mismas recriminaciones contra el ministerio, dice: «*El Mercurio* que halla tan justificables los actos del Gobierno, debería aducir pruebas y no palabras, que «obras son amores y no buenas razones». Para hacernos callar debería revestirse de fortaleza y decirnos donde están sus bondades, no con discursos especiosos sino con verdades demostradas.» El mismo artículo lo termina con un ataque a don Manuel Montt y a don Antonio Varas, a quienes tilda de ineptos, a Varas acusa de «no independiente,

de instrumento ad-hoc escogido por su antiguo maestro y preceptor que lo dominó siempre desde la escuela»; de inepto también «porque el estudio de tal o cual ciencia y sus teorías no es ni ha sido nunca lo bastante para formar instantáneamente un hombre (político) público. La prueba de esta verdad está en el ministro Montt que ha venido a hacer su aprendizaje a costa de la tranquilidad pública y quién sabe de cuántos otros sacrificios que habremos de experimentar para que su señoría aprenda el oficio y venga algún día a desengañarse que la República no es la clase de legislación que servía en el colegio, en donde hacía brincar a los muchachos por quítame estas pajas.»

En ningún momento cede terreno en sus ataques contra el ministro Montt, aunque respeta al Presidente de la República don Manuel Bulnes. El 23 de Julio a propósito de un artículo de *El Mercurio* anota en su diario: «Hemos dicho que el general Bulnes se ha presentado entre nosotros con moderación, que a su sombra ha aumentado la libertad, que nuestras instituciones han tomado consistencia; hemos dicho de él todo lo que es honroso y justo, pero hemos dicho también que ha elevado a un ministro que es impopular, de un carácter dominante, sin respeto a la opinión; que ha excitado desconfianza en toda la República; de hacernos retroceder al despotismo y que presentándose como omnipotente por la suma de poder, que se le ha dejado, ha roto el equilibrio que debió existir en una Administración llamada a establecer los principios de moderación y justicia que tanto necesitaba un gobierno que, dominando todos los partidos, debía refundirles, alejando toda siniestra pretensión y toda parcialidad.»

La ironía, tan arraigada en el estilo de Godoy salta a la vista en el artículo del 24 de Julio: «Dormíamos una siesta nacional, es decir a pierna tendida, como las duermen los magistrados, nuestras instituciones y nuestra policía y sus faroles en las noches de lluvia, cuando uno de nuestros amigos vino a interrumpir nuestro descanso con una crueldad que sólo sería propia del ministerio, para contarnos... etc... etc.»

No creo que la actitud hostil de Godoy para con el Ministro Montt haya sido injusta, sino un muy bien justificado resentimiento, según se desprende de los documentos que insertamos a continuación y que están publicados en el número 13 del diario que comentamos:

«Comandancia General de Armas.—Santiago Enero 16 de 1841.

»Por el Ministerio de Guerra con fecha de hoy Su Excelencia se ha servido declarar lo siguiente:

»El comandante General de Armas impartirá la correspondiente orden para que el coronel don Pedro Godoy Palacios se ponga inmediatamente en marcha para la Plaza de Valdivia a recibir las órdenes que le comunique el intendente de aquella Provincia sobre el cumplimiento de una comisión del servicio que deberá recibir en la misma provincia; entendiéndose que gozará de sueldo íntegro correspondiente a su clase mientras permanezca en dicha comisión.

»Tómese razón y comuníquese.

»Lo transcribo a Vuestra Excelencia para su conocimiento y debido cumplimiento.

»Dios guarde a Ud.—Domingo Frutos.

»Al señor Coronel don Pedro Godoy».

«Santiago, Enero 17 de 1841.

»A las 11 de la noche de ayer he recibido la apreciable nota de V. E. transcribiéndome una suprema resolución por la cual debo marchar inmediatamente a la plaza de Valdivia a desempeñar una comisión del servicio que me será encomendada por aquel intendente; gozando entretanto del sueldo íntegro de mi clase, etc.

»Sin la menor duda que mis servicios en aquella plaza serán de suma importancia, cuando el Supremo Gobierno me destina a ella; sin duda también que en esta medida sólo se habrá considerado el bien de la patria. La ordenanza del ejército me prohíbe hacer observaciones sobre la naturaleza de las órdenes de mis superiores, me abstengo pues de faltar a las leyes y respetando como debo la suprema resolución, observaré solamente la imposibilidad en que me hallo para darle su debido cumplimiento.

»El actual señor Presidente de la República sabe muy bien la buena voluntad con que he prestado mis servicios cuando he podido, en circunstancias más difíciles y más peligrosas que las presentes. Sentiría, pues, sobre mi corazón, que se atribuyese a falta de voluntad mi negativa. Si yo fuese un desal-

mado, un abandonado, pensaría en aceptar una comisión que por una parte me presenta el atractivo del sueldo íntegro, y por la otra parte ningún quehacer, puesto que el estado de mi salud no me permite el servicio activo ni pasivo de la milicia. No, señor, el pundonor de un soldado que tiene la conciencia de no haber malganado el sueldo (que tiene) a la nación y la imposibilidad física en que me hallo, son los inconvenientes que me apartan de poder dar cumplimiento a la Suprema orden.

»El Supremo Gobierno debe saber como, por único resultado de la campaña del Perú, en la cual serví también una comisión, y a la satisfacción de mis jefes, he vuelto a mi Patria ciego enteramente y con una afección peligrosa al hígado; que en aquella circunstancia y habiendo sido destinado a la plaza, se agravaron mis enfermedades de tal manera que casi no hay facultativo en Chile que no me haya asistido sin suceso, quedando reducido al estado de un valetudinario, inútil para la sociedad y para mi familia. ¿Cuántas veces no me ha visto Ud. en este estado? ¿Será necesario acreditarlo? Los señores facultativos Dr. don Guillermo Blest, Sazié, Torres, Pateu Vellón y sobre todo el señor Armstrong pueden atestiguar la verdad.

»¿Qué haría pues en Valdivia encargado de una comisión que debo suponer importante, sin vista, sin salud y con un dardal al cuello que no me permite ni el uso del corbatín?

»Suplico pues a US. se sirva hacer presente al Supremo Gobierno las razones expuestas. No tengo dificultad para hacerme reconocer por todos los facultativos mencionados y otros cualesquiera que el Supremo Gobierno tuviere a bien, si la notoriedad de mis enfermedades no fuese bastante.

»El Supremo Gobierno debe estar persuadido de la más decidida voluntad con que me prestaría a este servicio, si no fuese por las dificultades expuestas.

»Quiera la bondad del Supremo Gobierno dispensarme de aceptar la comisión indicada, nombrando en mi lugar algún otro jefe que disfrutando de cumplida salud, pueda ser también acreedor a la confianza con que me ha querido honrar sin merecerlo.

»Lo digo a V. S. en contestación para los fines que convenga.

»Dios guarde a Ud.—Pedro Godoy.»

«Comandancia General de Armas.

»Santiago Enero 20 de 1841.

»A la solicitud interpuesta por V. S. alegando no poder dar cumplimiento a lo mandado por el Supremo Gobierno sobre la traslación de V. S. a la plaza de Valdivia en desempeño de la misión que le ha sido conferida, se ha servido Su Excelencia por Decreto de esta fecha, decretar lo siguiente:

«Santiago, Enero 20 de 1841.

»No considerando el Gobierno fundadas las razones que aduce el coronel don Pedro Godoy para eximirse del servicio a que se le ha destinado, el comandante general de armas le hará cumplir la resolución de 16 del actual en un término breve y perentorio.—Manuel Montt.»

»Lo comunico a V. S. para su inteligencia y debido cumplimiento a cuyo efecto saldrá V. S. de ésta para la de Valdivia en el término perentorio de 48 horas, a contar desde las dos de la tarde de este día. Llegado que fuere V. S. a la mencionada plaza, se presentará a su Gobernador quien le impartirá las correspondientes órdenes.—Dios guarde a V. S.—Domingo Frutos.

»Al señor coronel don Pedro Godoy.»

Godoy, en el número del uue hemos extractado los documentos pre-citados, continúa haciendo la acusación a Montt y transcribe un diálogo que habría sostenido con el entonces ministro de guerra de Bulnes, en el propio ministerio y en presencia de un senador:

«En consecuencia, pues, de la última de estas notas que conservamos originales, pasó al Ministerio de Guerra el citado coronel, donde tuvo lugar la siguiente conferencia, a presencia de un notable senador:

»Señor coronel, antes de todo debo prevenir a Ud. que su salida no es la obra del general Bulnes, ni del general Prieto, como puede pensarse: es «cosa mía» exclusivamente.

»Señor Ministro, no tengo la menor duda de lo que Ud. me dice, pero no puedo salir porque estoy enfermo, porque soy un militar retirado, de cuyos servicios no se puede disponer instantáneamente, y sobre todo, si me es permitido, porque no veo

en mi destino a Valdivia un empleo adaptable a mi clase y sospecho que...

«Señor coronel, Ud. es militar y debe obedecer sin réplica.

«Señor Ministro, estoy dispensado de hacerlo por las razones que acabo de exponer, porque no estoy al frente del enemigo ni en campaña, y si nada vale todo esto en el juicio de Ud., porque soy dueño de romper mis empeños con la nación a la hora que me dé la gana.

»Como Ud. guste señor coronel.

»Dejo aquí mi despacho señor Ministro y reclamaré oportunamente ante quien pueda remediar la violencia que se me hace. Estos despachos, debo prevenir al señor Ministro, me han costado 24 años de buenos servicios y más mi sangre derramada dos veces por la libertad de la patria. «¿Hay en realidad, señor Ministro, un servicio importante que prestar en Valdivia, o se me quiere poner en la dura alternativa de perecer en el destierro o morir de hambre quitándome la renta que he merecido de la nación por mis servicios, como presunto autor de *La Guerra a la Tiranía*?

»Todos la atribuyen a Ud. señor coronel.

»Y entonces, ¿cómo se habla, señor Ministro, en las notas que acabo de recibir, de un servicio importante a la nación?

»El Gobierno, señor coronel, puede disponer de Ud. y yo no debo satisfacer más.

»Es contra la ley, señor Ministro, y por infame que suponga esa publicación, de que no soy autor, debería acusársele ante los Tribunales competentes, ante el Jurado.

»Sé mi obligación y Ud. debe prepararse para salir.

»No lo haré, señor Ministro, por mi voluntad.

»Muy enhorabuena. Y ¿Ud. no sabe tampoco, señor coronel, ni conoce a los que llevan ese papel?

»Yo no soy, señor Ministro, y beso a Ud. sus manos.»

El artículo que comentamos termina en los términos siguientes:

«El despacho fué devuelto y el militar no ha dado paso alguno que pudiera comprometer su honor. Toca, pues, decirlo al Ministro Montt, siquiera para cubrir de alguna manera su tiránico procedimiento, ya que no para desmentirlo. El Ministro probó su absolutismo, su arbitrariedad, pero no probó

ni talento ni justicia, ni dignidad. «Es cosa mía» dijo el ministro, pero esto es muy ridículo cuando se dice a un hombre indefenso, cuando se dice para vengar pasiones ajenas, cuando se dice sin facultad para decirlo».

En los números que siguen menudean los ataques contra el severo ministro Montt, haciéndose siempre la salvedad de que los ataques no se dirigen contra Bulnes: «El gobierno lo componen varios individuos y hemos manifestado tantas veces nuestro concepto sobre el Presidente Bulnes, que es inútil repetir que contra él la oposición no se dirige, sino contra su altanero ministro».

En Agosto de 1845 aparecen en el *Diario de Santiago* una serie de artículos destinados a atacar en forma despiadada al futuro Presidente de Argentina y en este entonces refugiado en nuestro país a causa de la tiranía ejercida en su país por Rozas, don Domingo Faustino Sarmiento. Al parecer los artículos eran salidos de la pluma de Godoy, ya que su estilo así lo denuncia, pero un estudio más a fondo del asunto nos ha permitido comprobar que el verdadero autor de los mencionados artículos y en los que se llama a Sarmiento don Pantaleón del Carrasco, es don Domingo Godoy, ya que Sarmiento mismo así lo afirma en «Mi defensa» publicada en el diario *El Progreso* y del cual era uno de los principales colaboradores.

Pero don Pedro Godoy también fué un furibundo enemigo de Sarmiento y nunca perdió la ocasión de zaherirlo en forma violenta en sus diarios, editoriales o artículos sueltos.

El 11 de Octubre de 1845 en un artículo titulado «A los señores editores del Diario» dice Godoy:

«En *El Mercurio* 5302 y que se reimprime en *El Progreso* 905 habrán leído Uds. el inmerecido elogio que copio a la letra: «el señor Sarmiento deja un vacío notable en nuestras filas; respetamos los motivos que lo hayan inducido a separarse de la redacción del primer diario de la capital, en los momentos en que la exaltación de las pasiones ha cubierto su persona, física y moralmente, de cuanto puede inventar de ridículo y atroz la maledicencia, la injuria y la calumnia y creemos firmemente que luego que calme esa agitación, luego que deje de verse en aquel escritor un adversario político, todos le reconocerán el mérito a que sus raras cualidades lo hacen acreedor.» Y agregaba Godoy: «A la precedente producción literaria viene como

de perilla aplicarle como contestación la fábula 33 de Iriarte que dice así:

EL AVESTRUZ, EL DROMEDARIO Y LA ZORRA

*Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que también entre brutos hay tertulias)
Mil especies en ella se tocaron.*

*Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado.
Este a la hormiga alaba, aquel al perro,
Quién a la abeja, quién al papagayo.*

*No — dijo el avestruz — en mi dictamen
No hay mejor animal que el dromedario.
El dromedario dijo:— Yo confieso
Que sólo el avestruz es de mi agrado.*

*Ninguno adivinó por qué motivo
Ambos tenían gusto tan extraño.
¿Será porque los dos abultan mucho?
¿O por tener los dos cuellos tan largos?*

*¿O porque el avestruz es algo simple
Y no muy advertido el dromedario?
¿O bien porque son feos uno y otro?
¿O porque tienen en el pecho un callo?*

*O puede ser también — no es nada de esos —
La zorra interrumpió — ya dí en el caso:
¿Sabéis por qué el uno y el otro
tanto se alaban? Porque son paisanos.*

*En efecto ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no tan temerario
El de la zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos».*

Godoy saca de esta fábula su propia moraleja, y es que el redactor de *El Mercurio* y el señor Sarmiento eran ambos argentinos.

Exagerando la situación del país, pero demostrando el temple de acero de su indomable personalidad, escribe:

«En la discusión de principios discutiremos, como hasta ahora, principios, en la cuestión personal, principalmente en aquella que emana de hechos públicos, hablaremos en el idioma respectivo. A nadie tememos, no obstante que todo lo debemos temer; arrastrando la cadena, seguiremos con la misma fe y entusiasmo con que hemos principiado, ¿Qué nos podrá suceder en la defensa de una libertad oprimida tantos años? ¿Iremos a la cárcel, seremos desterrados, viviremos en un presidio? ¿Qué importa! La misma muerte no nos espantaría. Una vida sin libertad de qué nos sirve? No es hombre ni cristiano el que besa la cadena, el que inciensa la mano del que le oprime; se sacrificarán diez, veinte, un centenar; pero en el curso de estos sacrificios, el tirano encontrará el vengador de la República. Santana lo halló ya, lo halló Flores y le hallarán todos los que siguen la misma senda».

A pocos meses de la fecha de las elecciones presidenciales y en las que los liberales veían una ocasión de sacudir «el yugo pelucón», los ánimos se iban exaltando cada vez más y una lucha encarnizada se libraba a través de las columnas de los periódicos que circulaban principalmente en la capital.

El 4 de Noviembre, *El Diario de Santiago* anunciaba el encarcelamiento del señor Godoy, acusado de estar comprometido en un complot contra las autoridades legítimamente constituidas junto con otros individuos.

«Un golpe de autoridad, decía *El Diario*, propio de un gobierno déspota y absoluto, ha arrebatado de sus casas en la mañana del 1.º a los pacíficos ciudadanos: coronel don Pedro Godoy, don Juan Nicolás Álvarez, don Miguel Guerra y otros muchos.» A continuación siguen protestas por tan arbitrarias medidas que comprometían las libertades ciudadanas.

El 20 de Noviembre encabeza el periódico el párrafo que copiamos a continuación:

«A todos los chilenos:

»En adelante encabezaremos este periódico diciendo que los presos por conspiración: el señor Godoy, Guerrero, Álvarez, Lazo,

Bilbao, Reina y demás, están aún incomunicados y sin que se les tome declaración alguna, ejerciendo sobre ellos una vil venganza a sabiendas de que son inocentes.

»Hace hoy veinte días de incomunicación, y el fiscal, en loco empeño de buscarles crímenes sin poderlos hallar en ninguna parte.» Este párrafo siguió apareciendo hasta el 20 de Diciembre, fecha en que se cumplió el cuadragésimo último día de incomunicación.

Entre tanto Godoy se sentía enfermo en la prisión y no pudiendo auxiliarle debido a su incomunicación, su esposa, doña Rosario Cruz presentó a la Comandancia General de Armas la siguiente solicitud:

«Sr. Comandante General de Armas:

»Rosario Cruz, esposa del coronel don Pedro Godoy, respetuosamente pide a V. S. se sirva ordenar se le tome su confesión a fin de que, verificado este paso, pueda pasar a prestarle los socorros que demanda la gravedad de los males que experimenta.

»En los 22 días que lleva de una estricta incomunicación la enfermedad que sufre ha tomado demasiado cuerpo y puésto-le en riesgo de perder la vida». Después de una larga explicación de la enfermedad de que padece el coronel, dice la señora de Godoy: «Los deberes de esposa y la necesidad de velar por su conservación y la de once hijos, el mayor no tiene 15 años, me obligan a suplicar a V. S. encarecidamente se sirva acceder a mi solicitud. Por tanto a V. S. suplico se digne así resolver, lo que es justicia, etc., etc.

(Fdo.) Rosario Cruz de Godoy.»

Por su parte Godoy hacía diligencias, una vez retirada la incomunicación, para que cesara la injusticia de que era objeto. En una solicitud presentada a la Corte Suprema de Justicia dice lo que sigue:

«El coronel don Pedro Godoy hace presente a la Excelentísima Corte Suprema en la visita de cárceles, que cuenta hoy 54 días de prisión y 41 de incomunicación sin que se le haya hecho conocer la verdadera causa de su prisión; ha dicho mal, sin causa ni precedente alguno para tan extraña medida.

»El proceso que se le ha seguido no arroja un solo indicio ni pretensión en su contra, y el fiscal mismo, no obstan-

ter ser su amigo personal, ha dicho ante varias personas notables, que no encuentra la menor prueba del delito que se le imputa.

»La Suprema Corte de Justicia, teniendo por la Constitución la superintendencia de los Tribunales y Juzgados inferiores, deberá, y así lo suplico respetuosamente, si no castigar un atentado cometido en su persona, violando escandalosamente las leyes y encerrando en una dura prisión al inocente para satisfacer venganzas personales, poner término a esta triste situación. Como cree el exponente que esta visita de cárceles comprende todos estos objetos, espera del acreditado Supremo Tribunal que se le mandará poner en libertad, apartando así toda idea que pueda contrariar su conocida justificación e independencia, y no dando más lugar a una tramitación calculada para hacer sufrir indefinida y arbitrariamente al exponente.

»Es justicia, etc., etc.

»Cárcel de San Pablo, Diciembre 24 de 1845.»

Todas estas solicitudes fueron denegadas y el 24 de Marzo del año siguiente los presos y entre ellos don Pedro Godoy, fueron trasladados desde la cárcel de San Pablo a la casa de Moneda que, extraña paradoja, desde el segundo período de Bulnes sería convertida en el palacio de los presidentes de Chile.

Pese a la prisión de Godoy, propietario de *El Diario de Santiago*, éste siguió apareciendo con regularidad y en él se pueden reconocer varios artículos de Godoy, en los cuales los temas más socorridos son su prisión y las elecciones presidenciales próximas.

El encarcelamiento no mitigó en nada, muy por el contrario, enardeció aún más el espíritu combativo del altivo periodista. Una prueba de ello son los apasionados artículos que escribiera desde la prisión en las columnas de su *Diario* en la polémica que don Victorino Garrido sostenía desde la hoja oficialista *El Progreso*. Era Garrido un español que habiendo servido en un comienzo a las autoridades españolas, había entrado a servir luego a los patriotas hasta tener una activa participación en la campaña de 1838 contra la Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz. Actuando en ella junto a Godoy, surgieron profundas diferencias entre ambos las que continuaron una vez de regreso en Chile. En circunstancias de encon-

trarse encarcelado Godoy, Garrido publicó una serie de artículos en *El Progreso*, atacando a su rival, los que fueron tachados de calumniosos por éste, lo que dió origen a una larguísima polémica en que ambos contrincantes rivalizaban en epítetos para calificar las actuaciones del otro en la mencionada campaña.

Los artículos de Godoy fueron publicados en folleto aparte, sirviéndonos para conocer muchos detalles de la campaña contra la Confederación y en especial la actuación de nuestro coronel.

A Garrido y a Gamarra, el dirigente peruano que se había refugiado en nuestro país y que participó en la citada campaña, acusa de servir únicamente los intereses de sus desmedidas ambiciones.

El título que puso Godoy a estos artículos es el de «Yo y Garrido». La ironía salta a la vista.

Quiero dar una muestra del estilo usado en los artículos aparecidos en el *Diario de Santiago*, copiando un párrafo que dice:

«¡Bien Garrido! Escribe fascineroso desvergonzado, que aún es tiempo de que venga a Chile el residuo de la más vil canalla europea a nutrirse de nuestros infortunios a favor de una docena de tontos y aspirantes que siempre estarán prontos para recogerlos y ampararlos.»

CAPITULO IV

EN EL EXILIO.—ULTIMAS PUBLICACIONES DE GODOY

En los primeros meses de 1846 Godoy y sus compañeros fueron conducidos al Perú. Entre los desterrados figuraba también don Pedro Félix Vicuña, el íntimo amigo de Godoy. Por las cartas que Vicuña enviaba a su esposa, la que quedó en Santiago, hemos podido conocer algunos detalles sobre la vida de los expatriados en tierra peruana. Estas cartas fueron publicada en 1847 con el título de «Cartas sobre el Perú».

En los primeros días los desterrados fueron guiados por Godoy ya que éste, a través de las campañas en que había participado en la vecina república, tenía un profundo conocimiento de ella. En la carta fechada el 7 de Mayo en la ciudad de Lima, dice Vicuña a su esposa: «Al día siguiente de haber llegado al Callao, Godoy, que se hacía el director mío y de todos los demás, por haber estado varias veces en Lima, me llevó, al salir el sol, a mi cama, granadillas, hermosísimas chirimoyas, etc.» Luego nos relata el señor Vicuña un paseo por los castillos y alrededores del Callao. «A doce cuadras de los castillos y guardando la mediana entre ellos y un caserío que se llama Bellavista, se levanta una modesta cruz de madera con una peana de ladrillo. Godoy me condujo a ella y me dijo

que ahí estaban los restos de los primeros chilenos que habían perecido en el sitio del Callao a las órdenes del general Las Heras y donde él varias veces se batió.»

Leemos en otra, fechada el 28 de Octubre de 1846: «Godoy ha escrito algunos artículos de política bajo el anónimo y le han vuelto tales descargas y se han formado polémicas de que nos hemos reído. Si hubieran caído en el autor, una invocación al sentimiento nacional y una declaración de que el artículo era un restaurador habría sido el premio.» La eterna inquietud que caracterizaba a Godoy no lo abandonó jamás, ni en el exilio en tierra extranjera.

El 14 de Abril de 1846, antes de zarpar los exilados rumbo al Perú en la fragata *Chile*, se le exigió a Godoy un compromiso, garantizado por una fianza, de no volver a Chile antes de un año. El ministro don Camilo Vial, por decreto de 23 de Octubre de 1846, mandó cancelar esa fianza y Godoy pudo regresar a Chile en los primeros días del año siguiente.

El espíritu de la prensa chilena

«Esta colección será el primer monumento levantado a los grandes hombres de nuestra revolución; será la primera inscripción puesta a la honrosa tumba de tantos héroes, ya casi olvidados, desde que la muerte los apartó de nuestra vista. Hablaremos con ellos luego que podamos tener sus escritos en nuestras librerías, consultaremos sus opiniones, aprenderemos de su patriotismo, de su desinterés, de su energía y de esas mil virtudes con que principiaron y concluyeron una de las revoluciones más atrevidas e influyentes en los destinos humanos. La América española, tan pronto cierre las cicatrices de su larga guerra; tan pronto penetre los verdaderos intereses de su gloria y el porvenir a que parece estar predestinada, pesará sin duda en la balanza de la tierra en proporción a la extensión de sus costas y a la variada riqueza de sus producciones. Chile, que descuella en su territorio tantas dotes con que lo favoreció el cielo, tendrá también una parte bien importante en esta gran revolución que se prepara en el universo; ojalá podamos aprovecharnos de tantos beneficios y sacrificios, pasiones y mezquinos intereses, colocarnos a la vanguardia de los pueblos de América.»

En esta forma encabezaba don Pedro Godoy la publicación en dos volúmenes que en 1847 hiciera de los principales artículos periodísticos aparecidos en Chile, desde 1810 hasta 1814, o sea durante el período de la Patria Vieja.

Posee en verdad esta obra un valor excepcional para el estudio de la Historia de Chile ya que en ella se hallan recopilados documentos originales relativos a ese fugaz período de la Patria Vieja. Es éste un esfuerzo digno de encomio por parte de Godoy, ya que la publicación de una obra de tal naturaleza, en aquellos tiempos en que la imprenta estaba muy lejos de alcanzar el grado de perfeccionamiento a que ha llegado en nuestros días, la impresión de un libro era una cosa lenta y muy demorosa. Anotaremos como dato curioso lo que decía Godoy en su encabezamiento. «Esta obra se compondrá de dos tomos, comprendiendo cada uno de 512 a 600 páginas en cuarto, sin la cubierta ni el índice. Su distribución se hará por entregas de 64 páginas cada una y su precio el de 4 reales cada entrega, que será publicada de 15 en 15 días, o antes si fuere posible. Al tiempo de suscribirse no se dará nada adelantado, pero al recibo de la primera entrega se pagará el valor de dos, quedando la una en adelante hasta el fin de la obra.»

Entre los artículos que más abundan son los que llevan la firma de Camilo Henríquez y de don José Antonio de Irizarri.

Hace poco, en 1943, se puso de actualidad la obra que comentamos, debido a la aparición de un pequeño folleto en que don Ricardo Donoso, profesor universitario y actual Jefe del Archivo Nacional, acusaba a Godoy de haber adulterado el texto del *Catecismo Político Cristiano* que incluía en su obra con el propósito de «justificar la supuesta paternidad literaria de Martínez de Rozas, y llevar al lector el convencimiento de que el documento había sido escrito en Santiago y dirigido especialmente a los chilenos.»

El señor Donoso basa su acusación en el cotejo de dos ejemplares más del *Catecismo Político Cristiano*, uno del señor Barros Arana y otro existente en la Biblioteca Nacional de Lima, los cuales aparecen sin adulteraciones. En su obra nos presenta el señor Donoso el texto original y el adulterado del *Catecismo*. Después de un estudio detenido del texto original llega a la conclusión de que el verdadero autor

del famoso *Catecismo Político Cristiano* que circulara en Santiago en víspera del 18 de Septiembre de 1810 es el doctor don Jaime de Zudáñez, originario del Alto Perú y que participó en las luchas por la independencia de tres países: Chile, Argentina y Uruguay.

«El último párrafo — dice Donoso — invocación al valor de los descendientes de los conquistadores, deja en evidencia, con claridad meridiana, la procedencia extraña al terruño chileno del autor del catecismo, y al decidido propósito de asignarle a un compatriota con las adulteraciones introducidas con espíritu ligero, por el compilador del «Espíritu de la prensa chilena.»

Descendientes de los Corteses, de los Pizarros y Valdivias; tomad vuestro partido con resolución y buen ánimo. Esclavos recientemente elevados a la alta dignidad de hombres libres, mostrad al universo entero, que ya sois los que fuisteis y que os halláis emancipados, y ya tenéis una representación política entre las naciones del orbe. El tiempo urge, chilenos, americanos todos Elío, el loco, el furioso, el enemigo de vuestra libertad, el hablador eterno e insolente contra los patricios es el déspota que los cinco hombres que han usurpado el mando de Cádiz y su territorio en la isla, han destinado para que venga a oprimir a los hombres libres de Chile; no lo quisieron en Buenos Aires de inspector, abominadlo de vosotros de Presidente; prevenidlo, formad vuestra junta y recibidlo en las puntas de las bayonetas; el viene a estrechar más y más vuestras cadenas.

Esto es lo que dice el texto original, el que ha sido transformado por Godoy de la siguiente manera:

descendientes de los Corteses, de los Pizarros y Valdivias: tomemos nuestro partido con resolución y buen ánimo. Esclavos elevados recientemente a la dignidad de hombres libres mostremos al universo que ya no somos lo que fuimos, y que nos hallamos emancipados, y ya tenemos una representación política entre las naciones del orbe. El tiempo urge, chilenos, americanos todos. Ello el loco, el furioso, el enemigo de nuestra libertad, el hablador eterno e insolente contra los patricios, es el déspota que ha usurpado el mando de Cádiz y su territorio en la isla. Han destinado para que venga a oprimir a los hombres libres de Chile; no lo quisieron en Buenos Aires de Inspector y lo querremos nosotros de Presidente; prevengámonos y formemos nuestra Junta y recibámoslo con las puntas de las bayonetas; el viene a estrechar más y más nuestras cadenas.

Un exceso de nacionalismo es pues lo que llevó al distinguido periodista a cambiar, en la forma que hemos visto, tan importante documento.

Después de esta intervención literaria no conocemos ninguna publicación de Godoy, sino hasta 1850, pero jamás tuvo despreocupación por el desarrollo de la política del país según podemos comprobarlo en la lectura de numerosas cartas que han llegado hasta nosotros y que escribiera a su más íntimo amigo don Pedro Félix Vicuña entre los años 1848 y 1851. En dichas cartas nos revela Godoy su profundo interés por la marcha de los asuntos públicos, basado en un sincero patriotismo.

Si no participa activamente en el periodismo ayuda con su experiencia a Vicuña quien publica en aquella época en Valparaíso el diario *La Reforma*. En una de las cartas leemos el siguiente consejo: «Sería de opinión que usted...»* de otro modo su periódico, pues que los artículos son muy largos para materia política y le costará a usted trabajo llenar esas doce columnas. Esta es la opinión general de todos sus amigos y destinaría la mitad para la política y la otra mitad para variedades, lectura instructiva, periódicos extranjeros, pero no copiaría enteramente los diarios. Así haría más ame-

* Ilegible en el original.

na la lectura. Ojalá omitiese usted el «continuará», aunque haya usted de continuar. Después de una larga lectura, aunque sea buena, un «continuará» es cosa que asusta.»

En 1849 se separa una fracción del partido liberal siguiendo al ministro Vial y que Alberto Edwards ha llamado la «primera fronda liberal» y que en aquel entonces constituyó el grupo de la «oposición» entre los liberales. Godoy, uno de sus más furibundos enemigos, hasta el punto de que muchas veces lo tildaron de pelucón, le dedica párrafos muy amargos en las cartas que hemos mencionado. En la que está fechada en Santiago el 12 de Junio de 1850, dice a don Pedro Félix Vicuña:

«La oposición es pérfida y tonta, tocayo, como son pérfidos y tontos los hombres que la componen. Ella no está calculada para otra cosa que para amedrentar a los pelucones y ver si se les puede hacer suscribir a Pinto. En tanto que los pelucones se rían, como se ríen de esos mentecatos, Bulnes no puede hacer otra cosa que suscribir a Montt o al que ellos quieran.»

Con un profundo sentido político y demostrando un sincero patriotismo analiza la situación crítica por la que atraviesa el país, en una carta que lleva fecha de 26 de Noviembre de 1850:

«...la situación del país es excepcional y usted la confunde con otras situaciones, Como quiera que se considere la política de Montt, la que debe seguir su gobierno, la oposición que acaba de expirar, la ha abonado de tal manera que casi no hay ya un hombre medio sensato que no se haya resignado a aguardarlo todo del candidato pelucón ¿Quién es liberal, tocayo, en este mundo? ¿Quién no lo es? Considera usted que los actores de este drama no son más de cien o doscientos en ambos partidos y que un millón y medio de espectadores están ahí aguardando que les mandemos la guerra, la peste, la anarquía. Hombres por hombres es la lucha del día; interés personal por interés personal. ¿Cree usted en programas? ¿Cree Ud. en esa libertad de los grupos? ¿Cree usted en los Errázuriz, en los Viales, Santa Marías, Ugartes, Urízares, Alempartes? No, tocayo, todo es tertulia. Aún cuando no los conociéramos bastarían los últimos acontecimientos para darnos una idea del modo como comprende esa gente la libertad, el honor, el progreso.»

» Estoy muy cansado, tocayo, de correr tras de una sombra con toda mi buena fe y arrastrando sacrificios incomparables. Jamás llegará el caso de que mi partido se sobreponga todo entero, como cayó con sus hombres, con sus ideas. Aquí está el error. Esto viene lo mismo que las minas por supercaptación y no puede ser de otro modo. Todo el país es pelucón, inclusive los opositores; la cuestión es de gobierno donde ni usted ni yo debíamos tocar pito.

» Para que se formase usted idea de los hombres que combaten en la oposición sería necesario haber visto las vergüenzas porque han pasado en su arrebató y las gestiones que han hecho. He visto la firma de todos ellos bajo un «A usted suplico» ofreciendo fianzas a Ramírez; diputados que no han tenido valor ni para reclamar sus fueros. Que han mandado a sus mujeres y sus hermanas a suplicar a Varas.»

En esta forma se expresa Godoy de aquel grupo de liberales que ilusionados por una posición política más comfortable, cortejaron por un tiempo a Bulnes en contra de Montt, pero por reacción lógica, entre liberales y Montt, debía triunfar el hombre que sustentaba con Bulnes unas mismas ideas.

La Carta Monstruo

Titúlase de esta manera un pequeño folleto que en forma de una carta, verdaderamente «monstruo» por su longitud, escribiera don Pedro Godoy con fecha 25 de Junio de 1850 a un supuesto amigo «Juan» residente en el campo. En ella nos ha dejado nuestro ilustre militar y periodista un cuadro bastante claro de la situación política predominante en la capital de nuestro país en aquellos años en que la proximidad de elecciones presidenciales ponía en efervescencia las pasiones políticas a que inútilmente tratara de poner atajo la autoridad de un ministro que siempre se destacará por la severidad de su carácter.

Comienza su «carta», Godoy, así: «Mi querido Juan:

«Dós meses he dilatado en contestarte, y quien sabe si aún es poco para dar a tus repetidas cartas una respuesta medianamente satisfactoria. Qué se hace en Santiago; qué es en realidad lo que se llama oposición y cuál me parece que sea la si-

tuación presente de nuestro país. Son cuestiones bastante difíciles de responder si las miramos con los ojos de la política, que es como se miran estas cosas en todas partes; mas por fortuna la política de nuestro país no tiene nada de común con 'la ciencia de los gobiernos y por lo tanto, no se necesita de estudio alguno para juzgarla; basta sólo con los sentidos naturales. Un ciego solamente podría desconocer el camino que llevamos; sólo un sordo dejaría de oír los penetrantes gritos de un pueblo cansado de esperar, siempre esperando y burlado siempre en sus esperanzas; con el simple tacto bastaría para conocer las horribles cicatrices que cubren la fisonomía de nuestra república.» Ya podemos darnos cuenta de la forma en que criticará la situación política en la cual los gestores principales eran los pelucones que desde 1830 no habían abandonado el poder, aunque ya los años han sedimentado en el espíritu de Godoy la turbulencia de su juventud, y su pluma no se ensucia con la procacidad que le hemos conocido en artículos de otros años, la ironía todavía asoma sus agudas aristas en la «carta» de que nos ocupamos.

«No hay gobierno ni oposición en la actualidad. Ninguno de los dos grandes partidos que te acabo de describir (pelucón y liberal), domina la situación. Por un lado se verá hombres sin principios políticos, ni la menor idea de administración, ocupados exclusivamente de sus personas, cuidando quien las guarde la espalda contra las inmensas responsabilidades, los odios y los desprecios que le siguen de atrás, y queriendo por lo mismo sentar en el poder un otro «yo» solidario con él en sus extravíos; y por el otro, esto es en la Oposición, no encuentras más que el residuo confuso y mal amalgamado de esos dos grandes que te he pintado (liberal y pelucones), digo mal, la excrecencia o sobrante de la familia que expira, en alianza con el negocio que fué siempre la carcoma del partido liberal. Ni los verdaderos pelucones ni los verdaderos liberales tocan pito en esta música, aunque te parezca que los primeros están arriba y los otros en la oposición.»

A continuación se defiende de las acusaciones de que tanto él como don Félix Vicuña han sido objeto por parte de la fracción del liberalismo que se llama de la «oposición»: «Ni Vicuña ni yo somos conservadores en el sentido de mantener la dinastía y los abusos, que es verdad y nos hacemos el alto honor de decirlo, nos hemos apartado desde mucho tiempo ha de

oposición, adonde fuimos apartado por la perfidia, pero que jamás hemos abjurado nuestros principios ni los abjuraremos en adelante, pues que, separándonos de la oposición, buscamos la libertad donde quiera que la encontremos sin excepción de personas ni de partidos.»

Es un documento precioso esta carta de Godoy para conocer ese turbulento período de la República autocrática en que una oposición más o menos organizada hace su aparición en el escenario de la política capitalina, embrión de aquella tenaz oposición que cuarenta años más tarde llegará a determinar la caída de un Presidente y le dará una nueva fisonomía a la República. Pero también en él nos es posible apreciar el cambio que los años han operado en la psicología de Godoy. Ya no encontramos en el largo folleto ninguno de los violentos arranques en que con una palabra o una frase lapidaria fulminaba al que se atreviese a ponérsele delante. Su espíritu goza de mayor reposo; los años han tenido la virtud de disminuir en él la presión de su temperamento, ya la pasión política no lo ciega y esa mayor tranquilidad para juzgar las personas y los hechos que no se enmarca dentro de su idearium, le permite descubrir en ellas las cualidades, además de los defectos. Los artículos escritos con alguna posterioridad a 1850 y sobre todo los que escribiera en la sexta década del siglo nos permiten apreciar con mayor claridad el cambio que los años han ido realizando en su pensamiento y estilo.

Buscando documentos que nos ilustren sobre las actividades políticas de Godoy en los años que van de 1850 a 1862, en que tuvo participación no escasa en los sucesos que conmovieron al país, tanto al asumir el cargo como al expirar el mandato presidencial de don Manuel Montt, de quien nuestro personaje fué enemigo declarado, hemos encontrado dos artículos publicados por don Diego Barros Arana en *El Mercurio* de Valparaíso de los días 26 y 28 de Julio de 1862, del segundo de los cuales copiamos el siguiente párrafo: «Separado temporalmente del servicio militar, el coronel Godoy fué llamado nuevamente a él en 1851 en calidad de miembro de la comisión calificadora de servicios. Posteriormente se le asigna un sobresueldo con el encargo de preparar los materiales para el nuevo Código Militar; pero el coronel Godoy no quiso ver en esta medida más que un lazo con que el gobierno de don Manuel Montt quería

atraerlo; y como detestaba la política de esa administración, renunció ese sueldo para quedar libre de todo compromiso y poder hablar y escribir contra ella todo lo que su inagotable ingenio le sugiriese.»

En 1862 lo encontramos nuevamente, esta vez colaborando estrechamente con el gobierno de don José Joaquín Pérez, sirviéndole de consejero en el difícil problema de la colonización de la Araucanía.

En su obra *Cuatro Presidentes de Chile* don Agustín Edwards nos dice lo que sigue:

«Una de las primeras preocupaciones del Presidente Pérez fué impulsar lo que la voz pública llamaba «Colonización del territorio Araucano», reconociendo así espontáneamente que aquellas regiones no se habían incorporado a la vida nacional.

»Para alcanzar su objeto nombró en el carácter de intendente de la Provincia de Arauco, al coronel don Cornelio Saavedra. Pocos podían mejor que él alcanzar la pacificación del territorio araucano sin recurrir a la violencia como deseaba el Presidente Pérez. No contento con ésto, le encomendó al coronel don Pedro Godoy, a comienzos de 1862, que le presentase una memoria sobre el mejor modo de colonizar el territorio araucano.»

La memoria fué presentada a fines de ese año y en ella dice Godoy al supremo gobierno que «no es bastante por sí solo el talento militar y la bravura para llevar a su término esta clase de empresas y convendría mucho para nuestro plan consultar en los jefes un poco de filosofía, mucha prudencia y un verdadero deseo de gloria y buen nombre. Sería necesario apartarse enteramente y olvidar, si es posible, las antiguas prácticas y el salvajismo que en un pueblo culto y cristiano ha hecho la guerra hasta el día de hoy en esas regiones. Los araucanos son también susceptibles de ideas generosas cuando se sabe arrastrarlos a este terreno y la gratitud se desenvuelve en su corazón como el de nosotros mismos. Para el gobierno de esas plazas sería pues indispensable buscar sujetos idóneos y bien preparados a fin de echar poco a poco los fundamentos de la reducción de los naturales y de las nuevas poblaciones con el espíritu del siglo, es decir, respetando escrupulosamente los derechos de la humanidad, tolerando mucho y sujetando las tropas a una disciplina severa y rigurosa.»

Era el problema araucano un asunto a cuya solución se habían abocado los gobiernos de esta parte de América desde el momento que los europeos hollaron con su planta su suelo por primera vez. Tres siglos de incesantes luchas no habían bastado para dominar el territorio de Arauco habitado por uno de los pueblos más altivos de la historia. El gobierno de Pérez quería darle un corte definitivo a tan agudo problema y en la opinión que sobre su solución emite Pedro Godoy nos es permitido observar una vez más el profundo espíritu observador, la clara visión sobre cualquiera de los problemas a que se abocaba, de lo que se desprendía una solución eminentemente práctica y de acuerdo con la naturaleza del problema.

En la memoria presentada al Supremo Gobierno no descuidaba ni el más mínimo detalle del plan que para la solución del problema araucano proponía. Las acciones propuestas son apoyadas estrictamente en razones legales, sociales y económicas. Poner en contacto «la civilización con la barbarie y aplicar en aquellos territorios abandonados a su suerte, las leyes de la República y los preceptos de la justicia y la equidad» era, en síntesis, el consejo que daba Godoy al Presidente de la República. Con ello ponía al servicio de la patria el riquísimo veneno de su experiencia adquirida a través de los años de mayor significado en nuestra historia, ya que durante ellos, Chile sufre radical transformación en su fisonomía política, económica y social, alcanzando un puesto entre las naciones soberanas del orbe gracias al esfuerzo tenaz de sus hijos y a la integridad de sus gobernantes.

Todavía le restan a Godoy poco más de veinte años de vida, pero ya su actividad va siendo cada vez más pobre. Ya los años en que él era escritor, propietario e impresor de sus periódicos son recuerdos lejanos que mitigan los prematuros achaques provocados por una vida dedicada en forma plena a servir a los demás. Sin embargo, en 1862, con ocasión de haber el senado rechazado, por razones políticas, su ascenso al grado de coronel efectivo, para el cual fué propuesto en el Mensaje del Presidente de la República don José Joaquín Pérez, reviven en él con vigor sorprendente sus sobresalientes aptitudes de polemista demostradas en los artículos que con el título de «Los Padres Conscriptos del Monttvarismo» publicó en *El Mercurio de Valparaíso* de los días 2, 4, 5, 7, 8, 9, 11, 12 y 14 de ese año.

Por lo demás sigue participando en la vida política del país, pero sus actuaciones son menos activas. Por espacio de dos períodos, desde 1872 a 1880, forma parte del cuerpo legislativo de la nación, pero durante ese lapso su nombre figura sólo una vez en los boletines de la cámara y es el 4 de Agosto de 1874, fecha en que se le cita como autor de una reseña enviada al comandante general de armas sobre la vida de don Ramón Iriarte, a pedido de la viuda. Termina dicha reseña con una frase muy sintomática: «No es, señor, cuanto tendría que decir sobre la particular, pero es cuanto me permite, exponer la brevedad del despacho y el mal estado de mi salud.» Son también casi tres cuartos de siglos los que pesan sobre los hombros del anciano, lo que unido al ritmo agitado que llevara en su vida había agotado las energías físicas y su cuerpo ya no se movía con la agilidad con que corriera tras el enemigo en los llanos de Maipo, en las caldeadas tierras peruanas y en los fangosos caminos de Chiloé o por las escarpadas laderas de los Andes. Pero su espíritu, relicario de su rica experiencia, iluminaba las acciones de los hombres de las nuevas generaciones.

El año 1876 es designado elector de Presidente de la República por la Provincia de Santiago, al mismo tiempo que la Provincia de Bío - Bío lo elige para que represente sus intereses en el Senado de la Nación. Por decreto supremo de 18 de Septiembre de ese mismo año es nombrado Consejero de Estado, cargo que desempeñó hasta su muerte.

El 14 de Febrero de 1884 muere en Santiago don Pedro Godoy. Se apagan para siempre sus ojos, que habían visto desfilar los acontecimientos más descollantes de toda nuestra historia. Sus ojos, que habían presenciado los momentos más amargos de la derrota ante un enemigo que quería perpetuar un sistema que pertenecía a otros siglos. Sus ojos que sabían de supremos momentos de gloria de la patria a la cual había amado con el cariño con que un hijo quiere a su madre y a la cual había sacrificado todo. Sus ojos que habían conocido de los momentos angustiosos en que Chile luchaba por una forma de gobierno que fuera fundamento de progreso y en que la dignidad humana no sufriese menoscabo alguno. Sus ojos, en fin, que supieron de la alegría de ver a la patria respetada y admirada por las naciones de Europa, siendo el orgullo de América.

CAPÍTULO V

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE GODOY Y SU EPOCA

Pertenece Godoy a una generación de hombres que al nacer en los momentos que se propagaba por toda América el anhelo de una vida libre y soberana, recibió sobre sus hombros la grave responsabilidad de conducir a la Patria por los derroteros de la completa independencia, aunque fuese a costa de los mayores sacrificios. Fué aquella generación la víctima propiciatoria que nos exigió la libertad de nuestro suelo. Los hombres de aquellos años no conocieron de la tranquilidad de un hogar; la persecución, el fragor de los combates y la eterna inquietud de las luchas civiles fué la atmósfera que siempre respiraron. Su entrega fué total y sin embargo muchas veces, las más quizás, el exilio y la calumnia fué la recompensa de todos los sacrificios. Ahí están los Carrera, O'Higgins, Pinto, Freire y tantos otros cuyas vidas se resumen en: «inquietud y sacrificio.»

Godoy pertenece dentro de esa generación de la independencia, a un grupo de hombres que sin claudicar jamás, lucharon por las ideas de libertad y democracia dentro de los sistemas de gobiernos americanos. Aún más, porque dentro de esos gobiernos fuesen los civiles los que rigieran los destinos de

los pueblos en la paz, oponiéndose tenazmente a la intromisión de los militares en la administración del Estado, pues estos confunden generalmente al país con el cuartel.

Al luchar contra el militarismo luchaban contra toda forma tiránica de gobierno y es precisamente a esto a que se reducen los conflictos internos entre liberales y pelucones que llenan los primeros años de la era republicana, aunque muchas veces los liberales confundieron la energía, necesaria en algunas ocasiones, con una forma tiránica de gobierno.

La posición liberal y civilista que ocupara Godoy lo llevó a participar en las polémicas que se caracterizaron por su violencia y mordacidad y que era el pan de cada día en la prensa de aquellos turbulentos años de la República «en forma». Los artículos que escribiera y que lo hicieron famoso, reflejaban fielmente su tenacidad, la que heredera de su ancestro el conquistador don Francisco de Aguirre. La época en que le correspondió actuar a nuestro insigne personaje, hizo que su maravilloso estilo y sus naturales condiciones de escritor, se perdieran en los pasquines y periódicos en que vaciara todo el ardor de su temperamento de castellano genuino y que la suavidad de nuestros climas no había logrado apagar.

Fuera de los innumerables artículos de periódico y algunos folletos como la carta Monstruo y el que trata de la Colonización de Arauco, no conservamos nada del que pudo haber sido uno de nuestros grandes escritores.

Todo lo sacrificó por sus ideales, a los que jamás traicionara, y esos ideales pueden resumirse en las palabras: Patria y Libertad.

BIBLIOGRAFIA

FUENTES DIRECTAS

Periódicos:

Actualidad (La) 1 volumen; 16 páginas en 4.º Imprenta Belín y Cía. Santiago, 1852.

Defensor de los Militares (El) 20 números de 4 páginas; en 4.º mayor. Imprenta Independencia. Santiago, 1830.

Diario de Avisos 59 números de 4 páginas; en folio. Imp. Republicana. Santiago, 1851.

Diario de Santiago (El) 208 números de 4 páginas; 4.º mayor. Imprenta Oposición. Santiago, 1845.

Epoca (La) 26 números de 4 páginas; en folio. Imprenta Estado. Santiago, 1851.

Republicano (El) Un número de 4 páginas; en 4.º mayor. Imprenta Independencia. Santiago, 1929.

Revistas:

De Estudios Históricos de Mendoza Tomo xv. 1.ª

De Historia y Geografía Tercer trimestre de 1916. Santiago.

Obras de don Pedro Godoy

Carta Monstruo (La) 1 volumen de 4 páginas; en 4.º Imprenta de los Tribunales. Santiago, 1850.

Espíritu de la Prensa Chilena 2 volúmenes; 490 páginas; en 4.º Imprenta Comercio. Santiago, 1847.

A la Nación Chilena Protesta de don Pedro Godoy y de don Pedro Félix Vicuña. Santiago, 1850.

La Conquista de Arauco Proyecto presentado al Supremo Gobierno por el coronel don Pedro Godoy. Santiago, 1861.

FUENTES INDIRECTAS

- BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile*, 16 vols. Tomos VIII, XIV y XV. Jover Editor, Santiago, 1887-97.
- BARROS ARANA, Diego. *Un decenio de la Historia de Chile*.
- BULNES, Gonzalo. *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*. 1817-1822. Santiago, 1887.
- BULNES, Gonzalo. *Ultimas campañas de Bolívar en el Perú*, 1822-26. Santiago, 1897.
- CUADRA GORMAZ. *Origen de doscientas familias coloniales*.
- DONOSO, Ricardo. *El catecismo político cristiano*. Santiago. 1943. Prensas de la Universidad de Chile.
- EDWARDS, Alberto. *La Fronda Aristocrática*. Santiago, 1936. Ediciones Ercilla.
- EDWARDS, Alberto. *Organización Política de Chile*. Santiago, 1943. Editorial Difusión.
- EDWARDS, Agustín. *Cuatro Presidentes de Chile*. 2 vols. Santiago, 1932. Ediciones Universo.
- ESPEJO, Juan Luis. *Nobiliario de la antigua capitania de Chile*.
- FIGUEROA, Pedro Pablo. *Album Militar de Chile*. Tomo II. Santiago.
- FIGUEROA, Virgilio. *Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*.
- MEDINA, José Toribio. *Diccionario Biográfico Colonial*.
- MOLINARE, Nicanor. *El Batallón N.º 1 de Cazadores*.
- MORALES GUIÑAZÚ F. *Genealogías de Cuyo* Tomo xv de la Revista de Estudios Históricos de Mendoza.
- PELÁEZ Y TAPIA, José. *Historia del diario El Mercurio*.
- PÉREZ CANTO, Julio. *El Periodismo en Chile*.
- SOTOMAYOR VALDÉS, Ramón. *Historia de Chile bajo el Gobierno de don Joaquín Prieto*. Santiago, 1900-1904.
- THAYER OJEDA, Luis. *Familias Chilenas*.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín. *La Guerra a Muerte*. Memoria sobre las últimas campañas de la Independencia de Chile. (1819-24), Santiago. 1868.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín. *Don Diego Portales*. 2 vols. Valparaíso, 1863. Imprenta de *El Mercurio*.

FUENTES DOCUMENTALES

- Cartas de don Pedro Godoy a don Pedro Félix Vicuña (inéditas). En poder de don Guillermo Feliú Cruz.
- Hoja de Servicios del General don Pedro Godoy. Archivo Nacional.
- Memorias de don Pedro Félix Vicuña (Inéditas). En poder de don Guillermo Feliú Cruz.